HEROES ESPACIO

BRUGUERA

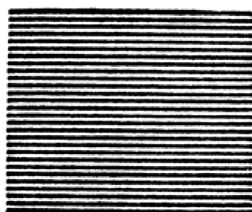
BOLSILIBROS

FUTURO

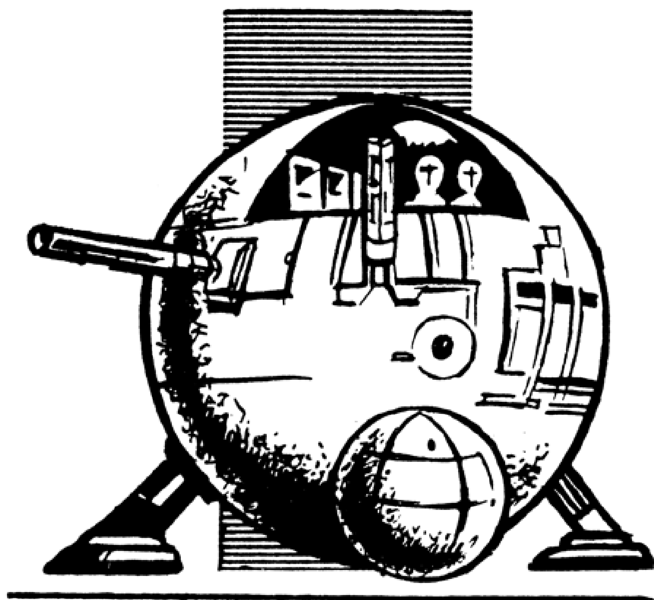
EL PLATILLO ROJO

JOSEPH BERNA





héroes del ESPACIO





ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

196 — *El defensor anónimo* — Rocco Sarto
197 — *Supervivencia* — Ralph Barby
198 — *Destructor de mundos* — Clark Carrados
199 — *Mil años después* — Frank Caudett
200 — *Gritos en la nada* — Curtis Garland

JOSEPH BERNA

El platillo rojo

Colección
HÉROES DEL ESPACIO n.º 201
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRÉS, 5 - BARCELONA

ISBN 84-02-09281-0
Depósito legal: B. 5.379 – 1984

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en España: marzo, 1984
1ª edición en América: setiembre, 1984

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Camps y Fabrés, 5 - 08006 Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-151 Km 21,650) Barcelona - 1984

CAPÍTULO PRIMERO

La Tierra.

Año 2005.

Base Científica «Sandra-5», en el Polo Norte.

Había sido levantada en pleno Ártico, hacía ya casi diez años. Y, desde el primer día, el profesor Klaus Grothum se hallaba al frente de la misma.

Actualmente, el profesor Grothum contaba cuarenta y ocho años de edad. Era alto, delgado, pero tenía un aspecto sano y vigoroso. El pelo, abundante y grisáceo, lo llevaba casi siempre revuelto.

Klaus Grothum era un hombre extraordinariamente inteligente, lo que le había permitido realizar importantes descubrimientos en el campo de la Ciencia.

Por su magnífico historial, fue designado director-jefe de la Base Polar «Sandra-5». Había realizado, y seguía realizando un gran trabajo en ella, por lo que podía asegurarse que continuaría dirigiendo la Base hasta que llegara el momento de su jubilación.

El otro veterano de «Sandra-5», era el doctor Biskupski, de origen polaco. Tenía cuarenta y cinco años, una estatura corriente, y algunos kilos de más, porque era un tipo muy goloso.

Había llegado al Ártico juntamente con el profesor Grothum, así que, al igual que éste, Stefan Biskupski llevaba casi diez años en la Base.

El resto del personal, había ido renovándose por diversos motivos.

El más corriente, era la soledad, pues no todos soportaban el hallarse rodeados de cientos de kilómetros de hielo, totalmente aislados del resto del mundo.

«Sandra-5» era una Base grande y moderna, perfectamente acondicionada, dotada de todo lo necesario para que las personas que trabajaban en ella pudieran distraerse y divertirse en su tiempo libre, pero, aun así, se echaba de menos el mundo civilizado.

El bullicio de las ciudades.

Las playas, llenas de bañistas.

Las cálidas noches de verano...

Y muchas más cosas.

Era inevitable que el personal de «Sandra-5» añorase todo eso, pero unos lo soportaban mejor que otros y aguantaban más tiempo en la Base, mientras que los demás aprovechaban la primera oportunidad para abandonar el Ártico, su intenso frío, y sus toneladas de hielo, siendo reemplazados por otros que llegaban al Polo Norte llenos de ilusión y de ganas de ponerse a las órdenes del profesor Grothum.

Ilusión que, en muchos de los casos, iba esfumándose poco a poco, a medida que la nostalgia se apoderaba de los últimos incorporados a la Base Científica y despertaba en ellos el deseo de regresar a la civilización.

¿Les ocurría lo mismo a Darío Forrest y Lila Stevens…?

Había sido los últimos en llegar a la Base Polar.

Sólo llevaban un par de días en «Sandra-5».

Darío Forrest tenía veintiocho años, el pelo oscuro, y las facciones correctas. Era un tipo alto y atlético, perfectamente musculado, porque cuidaba mucho su forma física.

Y podría seguir cuidándola en «Sandra-5», ya que en la Base había un gimnasio muy bien montado, en el que no faltaba de nada.

Lila Stevens, por su parte, había cumplido recientemente los veinticuatro años de edad. Era una mujer atractiva y esbelta, que rozaba el metro setenta de estatura. Tenía el cabello rubio, los ojos muy azules, y los labios perfectamente trazados, siempre húmedos y brillantes, como incitando al beso.

Y de eso tenía ganas Darío, de besar los tentadores labios de Lila.

Había sentido ese deseo desde el primer momento, pero aún no se le había presentado la oportunidad de intentarlo. Durante el viaje, fue imposible, y en la Base todavía no se había visto a solas con ella.

Darío no quiso esperar más y decidió visitar aquella misma noche a Lila, así que se dirigió a su habitación, cuando su reloj señalaba las diez y algunos minutos.

Llamó a la puerta y aguardó, preparando su mejor sonrisa.

Quince segundos después, Lila le abría, envuelta en una delgada bata, muy brillante.

—Darío… —murmuró ella, como sorprendida.

—Hola, Lila. ¿Te habías acostado ya…? —preguntó Forrest.

—No, me disponía a hacerlo ahora.

—¿Puedes concederme unos minutos?

—¿Qué es lo que quieres?

—Hablar contigo.

—¿Y no puedes esperar a mañana?

—Podría, pero prefiero hacerlo ahora. Mañana, con toda seguridad, no podré hablar contigo a solas. Salvatore se convertirá en tu sombra como ayer y como hoy.

—¿Salvatore...?

—Sí, Salvatore Taloni, el italiano. Te echó el ojo cuando llegamos y no te pierde de vista. Le debes de haber gustado mucho.

Lila sonrió.

—Estás exagerando, Darío.

—Tú sabes bien que no.

—Gunilla sí que te ha echado a ti el ojo.

—¿Gunilla...?

—Sí, Gunilla Ritcher, la gemela. Se fijó en ti desde el primer momento y sólo espera que le hagas la menor insinuación. Se meterá en tu cama en cuanto se lo propongas. O te meterá en la de ella, que para el caso es lo mismo.

Darío tosió.

—Tú sí que exageras, Lila.

—¿De veras lo crees?

—En cualquier caso, no siento ningún interés por Gunilla.

—Pues la chica está muy bien de todo.

—¿Lo ha dicho el doctor Biskupski?

Lila se echó a reír.

—¡No hagas chistes, Darío!

Forrest sonrió.

—¿Me concedes unos minutos o no?

—Está bien, pasa —accedió Lila, y se hizo a un lado.

—Gracias, muy amable —dijo Darío, entrando en la habitación.

Vestía un pantalón color cobre, brillante y ajustado, y una camisa azul, igualmente brillante, que se abrochaba lateralmente.

Lila cerró la puerta y apoyó la espalda en ella. Después de cruzar los brazos sobre su pecho, levantó ligeramente la rodilla derecha y dijo:

—Te escucho, Darío.

—¿Por qué no nos sentamos? —sugirió Forrest, mirando la cama.

—Me has pedido sólo unos minutos —recordó Lila.

—Es verdad. Pero no me gusta conversar de pie —dijo Darío, y se sentó en la cama—. Anda, ven y siéntate a mi lado, Lila —rogó, con una sonrisa.

Lila Stevens movió graciosamente la cabeza.

—Creo adivinar tus intenciones, Darío.

—¿Intenciones...? ¿Qué intenciones?

—Tú no has venido a hablar conmigo.

—¿A qué he venido, entonces?

—Pretendes meterte en mi cama. Conmigo, naturalmente.

Darío Forrest tosió.

—No suelo ir tan de prisa, Lila.

—¿No?

—Siéntate a mi lado y te convencerás.

—Ni hablar. Me tumbarías en la cama y me violarías.

—Si es ésa la opinión que tienes de mí, será mejor que me vaya —rezongó Darío, enfadado, e hizo ademán de levantarse.

—Espera, hombre —rogó Lila, yendo hacia él—. Sólo era una broma —añadió, sentándose en la cama, a su lado.

—¿De verdad que no lo has dicho en serio?

—Me he sentado a tu lado, ¿no?

—Sí.

—Si no fiara de ti, seguiría pegada a la puerta.

Darío cogió las manos y se las oprimió cálidamente.

—Me gustas mucho, Lila.

—¿Es eso lo que querías decirme?

—Sí.

—¿Y qué más?

—Bueno, quisiera...

—Continua.

—Darte un beso. Lila.

—¿Me prometes que después te marcharás?

—Sí.

—Puedes darme un beso, entonces.

Darío la besó en los labios, que eran tan deliciosos como él había imaginado. Como lo hizo muy expertamente, Lila se abandonó y, sin darse cuenta, se dejó caer hacia atrás, lentamente, hasta que su espalda tomó contacto con la cama.

El beso, naturalmente, no se había interrumpido.

Darío posó sus manos en las caderas de Lila y las apretó suavemente, por encima de la delgada bata, que se había abierto, dejando al descubierto las maravillosas piernas de Lila.

Transcurrió otro minuto más antes de que Darío separara su boca de la de Lila. Cuando la miró, descubrió que tenía los ojos cerrados.

—Lila... —susurró, acariciándole el dorado cabello.

Ella despegó los párpados.

—¿Todavía sigues ahí, Darío?

—Claro.

—Me prometiste que te marcharías después de besarme.

—¿Quieres que me vaya, Lila?'

—Quiero... y no quiero.

—Estás deshojando la margarita, ¿eh?

—Sí.

—Pues, mientras lo decides... —dijo Darío, y volvió a unir su boca con la de ella.

Lila cerró los ojos de nuevo y volvió a abandonarse por completo.

Y por eso, por tener los ojos cerrados, no pudo ver, a través de la ventana de su habitación, que algo surcaba el cielo a gran velocidad dejando una estela roja tras de sí.

CAPÍTULO II

El profesor Grothum y el doctor Biskupski no se habían retirado todavía a sus respectivas habitaciones. Estaban de charla, en el despacho del director-jefe de «Sandra-5», y tomaban sendas tazas de negro y humeante café, cómodamente sentados en el par de sillones que flanqueaban al largo sofá, ligeramente adelantados y ladeados, de manera que Klaus Grothum y Stefan Biskupski se hallaban prácticamente el uno frente al otro, con la pequeña mesa de cristal ahumado de por medio.

Cuando conversaban a solas, se tuteaban y se llamaban por sus nombres. Era lógico, teniendo en cuenta que llevaban casi diez años juntos y se estimaban mutuamente.

Se habían hecho grandes amigos.

El profesor Grothum, tras ingerir un sorbo de café, preguntó:

—¿Qué opinas de la nueva pareja, Stefan?

—¿Te refieres a Darío Forrest y Lila Stevens, Klaus?

—Sí, a ellos.

—Darío parece un buen elemento.

—Sus referencias, desde luego, son excelentes. Nos será muy útil si consigue adaptarse.

—Yo lo veo ilusionado, Klaus.

—Sí, yo también. Pero ya sabes, Stefan, que todos suelen llegar así, muy ilusionados y con enormes deseos de trabajar. Después la soledad del Ártico, el prolongado aislamiento, hacen que muchos de ellos pierdan paulatinamente la ilusión y las ganas de trabajar en «Sandra-5», y sólo piensen en volver al mundo civilizado.

El doctor Biskupski, que se había llevado la taza a los labios, tomó un sorbo de café y asintió con la cabeza.

—Es verdad. No es fácil adaptarse, Klaus.

—A nosotros no nos fue tan difícil, Stefan. Llevamos más tiempo aquí que nadie, y nos sentimos la mar de felices.

—Porque somos dos tipos raros.

—¿Tú crees...?

—¡Seguro!

Rieron los dos alegremente.

Después, el doctor Biskupski dijo:

—Creo que Darío Forrest se adaptará pronto a la vida de «Sandra-5», Klaus.

—¿En qué te basas, Stefan?

—En su carácter.

—¿Es otro tipo raro…? —bromeó el profesor Grothum.

—¡No!

Volvieron a reír los dos.

Luego el doctor Biskupski añadió:

—Darío tenía muchas ganas de venir al Ártico, de integrarse en el equipo de «Sandra-5», de estar a tus órdenes. Me lo dijo mientras le hacía el obligado reconocimiento médico. Creo que sabía dónde venía y lo que era esto. Y su ilusión era tremenda, ya te lo he dicho. Por eso apuesto a que Darío se adaptará con facilidad y permanecerá en la Base mucho tiempo.

—Ojalá sea así —deseó Grothum.

—En cuanto a Lila Stevens…

—¿Qué me dices de ella, Stefan?

—Está tan ilusionada como Darío.

—Sus referencias también son muy buenas. Nos será igualmente útil si logra adaptarse a la vida de «Sandra-5».

—Hay muchas posibilidades, Klaus.

—¿Te basas también en su carácter…?

—Sí, Klaus. Conversamos largamente mientras la reconocía y…

—Te envidio, Stefan.

—¿Cómo dices?

—Que te envidio.

—¿Por qué?

—Eres médico y eso te permite ver completamente desnudas, a las mujeres de la Base.

—¡Es verdad! —rio Biskupski.

—Lila Stevens es muy hermosa.

—¡Y está muy sana!

Ahora fue el profesor Grothum quién rio.

—Eres un pájaro de cuenta, Stefan.

—¡Me he limitado a darte mi opinión como médico, Klaus!

—Ya

El doctor Biskupski dejó de reír e ingirió un nuevo trago de café.

Seguidamente, dijo:

—¿Sabes lo que echó de menos, Klaus?

—No.

—Unas pastas.

—¿Pastas...?

—Van muy bien con el café.

—¡Eres un maldito tragón, Stefan!

—¿Yo...?

—¡Sí, tú! ¡Comes demasiado y te estás poniendo como un oso polar!

—¡Eh, un momento! ¡Ni como demasiado ni estoy gordo!

—¡Pesas por lo menos diez kilos más que yo, Stefan!

—¡Porque tú estás flaco, Klaus!

—¡Yo estoy normal! ¡El que tiene kilos de más, eres tú!

—¡Y un cuerno!

—¿Te atreves a negar que estás gordo...?

—¡Sólo estoy llenito!

—¡Rellenito, diría yo! —corrigió Grothum, riendo.

—¡Envidia cochina!

—¿Que yo te envidio...?

—¡Antes lo confesaste!

—¡Pero por otros motivos! ¡Porque viste desnuda a Lila Stevens, no porque seas un goloso!

—¿Yo un goloso...?

—¡Te chifla todo lo que tiene azúcar, confiésalo!

—¡Al diablo contigo, Klaus!

—¡Prefieres una piruleta de fresa a un puro habano!

—¡Eso no lo niego, porque a mí el tabaco...!

Rompieron a reír los dos.

Y fue precisamente en ese momento cuando, a través de la ventana del despacho, el profesor Grothum vio lo que Lila Stevens, por hallarse con los ojos cerrados, no pudo ver.

Algo cruzaba el cielo a toda velocidad.

Era un objeto rojo.

Brillante.

Luminoso.

Como roja, brillante y luminosa, era la estela que dejaba tras de sí.

El objeto tenía forma de disco.

El profesor Grothum pudo darse cuenta de ello, a pesar de que la visión, debido a la fantástica velocidad del objeto, fue muy fugaz.

Con ojos agrandados, exclamó:

—¡Un OVNI!

El doctor Biskupski, que no había visto nada, porque no estaba mirando la ventana en ese momento, respingó en el sillón.

—¿Cómo dices…?

Grothum saltó del sillón.

—¡He visto un OVNI, Stefan! —repitió, corriendo ya hacia la ventana.

Biskupski brincó también del sillón.

—¿Un OVNI…?

El profesor Grothum estaba mirando ya por la ventana, pero no veía el veloz y luminoso disco rojo por ninguna parte.

El doctor Biskupski se reunió con él y miró también por la ventana.

—¡Yo no veo ningún OVNI, Klaus!

—¡Te juro que yo sí lo he visto, Stefan! ¡Ha debido de caer cerca de aquí!

—¿Cómo era…?

—¡Rojo, brillante, luminoso! ¡Y tenía forma de disco!

—¿Será un platillo volante…?

—¡Hay que averiguarlo, Stefan! ¡Ahora mismo! —dijo Grothum, y salió corriendo del despacho, seguido del doctor Biskupski.

CAPÍTULO III

Darío Forrest se estaba recreando aún más en el segundo beso que en primero, sin que Lila Stevens hiciera nada por interrumpir la unión bucal o por impedir que él le acariciara las piernas, suave y hábilmente.

Cuando, por fin, Darío separó su boca de la de Lila, ella le miró y le sonrió con suavidad.

—No debí fiarme de ti, bribón.

—¿Por qué dices eso?

—Me engañaste.

—No es verdad.

—Viniste decidido a hacer el amor conmigo.

—Sólo quería besarte, Lila.

—¿Y de quién es la mano que acaricia mis muslos?

—Mía, pero no se posó en tus piernas durante el primer beso. Si me hubieras dicho que me marchara, no habría habido caricias. Si te besé por segunda vez, fue porque tú dudabas entre…

—Y sigo dudando.

—¿De veras?

—Me gustas, Darío, pero no quiero que me tomes por una chica fácil.

—Sé que no lo eres, Lila.

—Si dejo que me hagas el amor, lo pensarás.

—Te aseguro que… —empezó a decir Darío, pero no pudo acabar la frase.

La culpa la tuvo la voz de Klaus Grothum, que brotó repentinamente por el interfono instalado en la pared, muy cerca de la cama:

—¡Atención! ¡Atención! ¡Les habla el profesor Grothum! ¡Acudan todos urgentemente a la sala de equipos especiales! ¡Tenemos que hacer una salida! ¡Repito! ¡Acudan todos urgentemente a la sala de equipos especiales! ¡Tenemos que hacer una salida!

El interfono enmudeció y Darío Forrest y Lila Stevens se miraron.

—¿Qué habrá sucedido…? —dijo ella.

—No tengo la menor idea, pero hemos de personarnos lo antes posible en la sala de equipos especiales, ya lo has oído —respondió

Darío, y se puso en pie.
—¡Tú estás vestido, pero yo voy en bata! —repuso Lila, levantándose también de la cama.
—Te ayudaré a vestirte. Vamos, quítate la bata —apremió Darío, mientras cogía la ropa de Lila, que descansaba sobre una silla.
Lila se despojó de la bata, aunque lo hizo de espaldas a Darío.
Bajo ella, sólo llevaba un brevísimo slip azul celeste.
—¡La blusa, rápido! —pidió, mirando a Darío por encima del hombro derecho.
Forrest posó sus ojos un instante en la tentadora grupa femenina, prácticamente desnuda.
—¡Qué diana, madre! —exclamó.
—¡No es momento para piropos, Darío! —se enfadó Lila.
—Tienes razón —tosió Forrest, y le entregó la blusa, al tiempo que indicaba—: Siéntate en la cama y, mientras tú te pones y te abrochas la blusa, yo te pondré el pantalón y las botas.
—¡Me verás los pechos!
—Será el premio por ayudarte a vestirte —sonrió Darío.
—¡Sinvergüenza! —barbotó Lila, pero se sentó en la cama y dejo que Darío le colocase el pantalón y las botas, mientras ella se ponía la blusa y se la abrochaba.
Lo hizo con rapidez, pero aun así, sus senos desnudos quedaron expuestos durante algunos segundos a los ojos de Darío.
—¡Qué maravilla de busto! —exclamó él.
—¡Cállate! —ordenó Lila, menos enfadada de lo que parecía.
Darío empezó a reír.
—¡Estoy loco por ti, de veras!
—¡Ya será menos! —respondió Lila, saltando de la cama, porque ya se había abrochado la blusa.
Se subió rápidamente el pantalón, se lo cerró, y corrió hacia la puerta.
—¡Vamos, Darío!
—¡Un último beso antes de salir, Lila! —sugirió Forrest.
—¡Un último cuerno!
—¡Te he ayudado a vestirte!
—¡Ya te llevaste el premio que querías! —recordó Lila, abriendo la puerta y saliendo al corredor.
Darío salió tras ella, riendo.

Casi chocan con Salvatore Toloni y Gunilla Richter, que cruzaban el corredor a la carrera.

—¡Cuidado! —exclamó Darío.

Salvatore y Gunilla se detuvieron, visiblemente sorprendidos los dos por el hecho de que Darío hubiera salido de la habitación de Lila.

El italiano se decía que Darío le había ganado la mano.

Y lo mismo pensaba la germana de Lila.

Pero, como no había tiempo para explicaciones, más o menos convincentes, Darío y Lila echaron a correr hacia la escalera, y Salvatore y Gunilla se apresuraron a imitarles.

* * *

En la sala de equipos especiales, el profesor Grothum y el doctor Biskupski se estaban equipando ya para abandonar la Base Polar.

Lo más importante de todo, eran los trajes térmicos, ya que ellos impedían que el intenso frío que reinaba en el Ártico llegara a los cuerpos.

Eran ligeros, pero resistentes, y podían colocarse encima de la ropa de los miembros de la Base Científica. Las botas eran también muy apropiadas para caminar sobre hielo, pues, aparte de calentar los pies, se agarraban a la superficie helada como lapas y evitaban los resbalones.

El resto del equipo, lo componían los guantes, la capucha y las gafas especiales para protegerse de la cegadora blancura de la nieve y del gélido viento, que casi siempre soplaba con fuerza en el Ártico.

El personal de la Base Polar fue acudiendo a la sala de equipos especiales.

—¿Qué sucede, profesor Grothum…? —preguntó Alexey Bazunov, un ruso alto y corpulento.

—¡Equípate, Alexey! —ordenó el director-jefe de «Sandra-5».

—¿No nos puede decir lo que pasa, profesor? —habló Jan Pulsen, un holandés espigado, de pelo rubio y cara simpática.

—¡Cuando estéis todos! ¡Vamos, equípate también tú, Jan! —indicó Klaus Grothum.

—¿Y yo, profesor…? —preguntó Ursula Berg, una sueca de veinticinco años, cabello rubio platino, ojos claros, y boca

tremendamente sensual.

No tenía desperdicio.

Grothum la miró y asintió con la cabeza.

—¡Sí, formarás parte también de la expedición, Ursula!

La sueca procedió a equiparse con rapidez.

Darío, Lila, Salvatore y Gunilla entraron en aquel momento y también ellos recibieron la orden de equiparse para salir al exterior.

En total, fueron diez los miembros de la Base que recibieron la orden de ataviarse con los equipos especiales. Ellos, junto con el profesor Grothum y el doctor Biskupski, formarían la expedición que debía salir en busca del misterioso disco rojo y luminoso que el director-jefe de «Sandra-5» viera surcar el cielo a gran velocidad a través de la ventana de su despacho.

Sin equipar, quedaron otros seis miembros. Dos hombres y cuatro mujeres, que debían permanecer en la Base mientras los demás buscaban el extraño objeto volador.

El profesor Grothum todavía no había hablado del OVNI, pero llegó el momento de hacerlo, ya que todo el personal de la Base se encontraba en la sala de equipos especiales.

Los abarcó a todos con la mirada y dijo:

—Estaba en mi despacho, acompañado del doctor Biskupski, cuando vi que algo surcaba el cielo a toda velocidad. La visión duró dos o tres segundos, pero pude percatarme de que se trataba de un objeto en forma de disco, rojo, brillante, luminoso, que dejaba una estela a su paso, muy fugaz. Salté del sillón y corrí hacia la ventana, pero ya no pude verlo. Tengo la sospecha, sin embargo, de que ese extraño objeto cayó cerca de aquí. Y tenemos que encontrarlo, porque estoy seguro de que se trata de un OVNI.

Los miembros de la Base se miraron entre sí, visiblemente sorprendidos.

—¿Ha dicho un OVNI, profesor…? —preguntó Salvatore Taloni.

—Sí.

—¿Usted también lo vio, doctor Biskupski? —inquirió Gunilla Richter.

El médico, tras cambiar una nerviosa mirada con el director-jefe de la Base, confesó:

—No, yo no lo vi. No estaba mirando hacia la ventana, en ese momento. Pero el profesor Grothum lo vio perfectamente.

—Desde luego —asintió Klaus—, Repito que la visión fue breve, pero muy clara. Por eso no tengo la menor duda de que era un OVNI.

—¿Un platillo volante, profesor...? —preguntó Alexey Bazunov.

—No lo sé. Pero es muy posible que sí, que se trate de una nave de otro planeta. Tal vez tripulada... O tal vez no. Y tampoco sé si aterrizó voluntariamente en el Ártico... o si se precipitó contra los hielos. Todo eso lo sabremos cuando encontremos al OVNI. Si realmente se trata de una nave procedente de algún lejano mundo, si está tripulada, y si su aterrizaje fue forzoso, los seres que viajan en ella pueden necesitar nuestra ayuda. Y se la brindaremos muy gustosamente, si son seres pacíficos.

—¿Y si no lo son...? —preguntó Ursula Berg, preocupada.

—Iremos todos armados, por si acaso —respondió Grothum.

Segundos después, la expedición se ponía en marcha.

CAPÍTULO IV

Los tres vehículos-oruga avanzaban por la helada superficie ártica formando columna.

Eran ligeros.

Rápidos.

Seguros.

Lo de los trineos tirados por perros, había quedado atrás, como muchas otras cosas. El siglo XXI traía consigo grandes innovaciones, importantes adelantos tecnológicos, y lo que en el siglo XX parecía avanzado y futurista, ahora resultaba atrasado y caduco.

En el primer vehículo-oruga, pilotado por el profesor Grothum, iban además de éste, el doctor Biskupski, Darío Forrest y Lila Stevens, los dos primeros delante, y Darío y Lila detrás.

Era la capacidad normal de los vehículos-oruga, pero, en caso de necesidad, podían viajar tres personas en el asiento delantero y otras tres en el asiento trasero.

En el segundo vehículo, conducido por Alexey Bazunov, iban, además del ruso, Salvatore Taloni y Gunilla Richter, y un francés llamado Fernand Gys.

En el tercero y último, viajaban Jan Pulsen, Ursula Berg, Daniela Havlikova, una checoslovaca guapa y bien formada, y Chieko Hasegawa, un japonés bajo de estatura, pero muy ancho de hombros. El vehículo lo pilotaba Jan, el holandés.

Todos, sin excepción alguna, llevaban pistolas de rayos láser al cinto. Los hombres, además, habían cogido sendos fusiles de rayos infrarrojos.

En el interior de los tres vehículos, reinaba el silencio.

Nadie hablaba del OVNI, pero todos pensaban en él. Y, más concretamente, en la posibilidad de que se tratase de una nave extraterrestre, pilotada por seres extraños, que lo mismo podían mostrarse pacíficos que hostiles.

La preocupación, por tanto, era general.

Klaus Grothum, consciente de ello, decidió romper el silencio reinante en el vehículo-oruga conducido por él.

—¿Qué pasa? ¿Nadie tiene ganas de hablar…? —preguntó.

Stefan Biskupski lo miró, pero no despegó los labios.

Darío Forrest y Lila Stevens se miraron, también en silencio.

—¿Está asustado, doctor? —preguntó el director-jefe de «Sandra-5».

—No, sólo un poco nervioso —respondió Biskupski.

—¿Y tú, Darío...? —Grothum volvió un instante la cabeza.

—Tampoco, profesor. Lo que sí estoy, es ansioso por localizar el OVNI y ver si realmente se trata de un platillo volante con seres de otro mundo en su interior.

Klaus Grothum sonrió.

—Yo también, lo confieso. Jamás he tenido ante mis ojos a un ser de otro planeta. Y debe ser un momento verdaderamente emocionante.

—Sin duda, profesor —sonrió también Darío.

—Pueden ser muy diferentes a nosotros, profesor Grothum —intervino Lila.

—Sí, lo sé. Pero eso no importa, Lila. Lo importante es que no tengan malas intenciones. Su aspecto físico, es lo de menos, Si son seres inteligentes y nobles, nos haremos amigos enseguida.

—Así sea —suspiró el doctor Biskupski.

Los tres vehículos-oruga siguieron deslizándose con rapidez por la nieve, en dirección al lugar en donde, según los cálculos del profesor Grothum, podía haber caído o aterrizado el OVNI.

Tardaron casi media hora en llegar.

Y no hicieron el viaje en vano.

El OVNI estaba allí.

* * *

Se trataba, efectivamente, de un platillo volante.

Rojo.

Brillante.

Había dejado, sin embargo, de despedir luminosidad.

Tendría unos quince metros de diámetro y, desde luego, no se había posado suavemente sobre la blanca superficie ártica. Se había precipitado en ella, con violencia, y había quedado incrustado en el hielo.

El vehículo-oruga pilotado por el profesor Grothum se había

detenido a unos veinte metros del platillo rojo. Los otros dos vehículos, se detuvieron también, sin deshacer la columna.

Todos observaron el platillo volante, con la respiración contenida, porque quien más y quien menos estaba viviendo el momento más emocionante de toda su vida.

¿Sería, también, el momento más peligroso…?

Era lo que se preguntaban algunos.

La mayoría, para ser exactos.

El profesor Grothum, realmente fascinado por la belleza y perfección del platillo volante, dijo:

—Es una nave de otro mundo, no hay duda.

—Ninguna, profesor —habló Darío Forrest.

—Es hermosa, ¿verdad?

—Mucho.

—¿A usted no le gusta, doctor?

—Estoy pensando más en lo que pueda haber dentro del platillo que en su aspecto exterior, profesor Grothum —respondió Stefan Biskupski, con voz ligeramente temblorosa.

—Lo mismo me sucede a mí —confesó Lila Stevens.

Klaus Grothum sonrió.

—Les preocupa el aspecto físico de los seres que viajan en esa nave, ¿eh?

—Su aspecto físico… y sus intenciones —respondió Biskupski.

—Tal vez la nave no esté tripulada —intervino Darío.

—Tiene que estarlo —repuso Grothum.

—¿Por qué está tan seguro, profesor?

—Por el tamaño del platillo. Es demasiado grande para que no viaje nadie en él.

—¿Por qué se precipitó contra el hielo, entonces?

—No lo sé, Darío.

—Una avería, tal vez —dijo Lila.

—Es muy posible.

Guardaron los cuatro silencio durante algunos minutos.

En los otros dos vehículos-oruga, habían tenido lugar conversaciones parecidas.

Nadie apartaba los ojos del brillante platillo rojo, esperando que sucediera algo, pero pasaban los minutos y nada ocurría.

La nave extraterrestre seguía quieta y silenciosa.

No se abría puerta alguna.

Nadie salía de ella.

El profesor Grothum no quiso esperar más e indicó:

—Salgamos.

Fue el primero el descender del vehículo-oruga, con el fusil de rayos infrarrojos en su mano derecha, aunque apuntando hacia el suelo.

Darío y Lila descendieron a continuación, siendo el doctor Biskupski el último en apearse. Darío, al igual que el director-jefe de «Sandra-5», apuntó hacia el suelo con su fusil de rayos infrarrojos, pero no así el médico.

Biskupski, terriblemente nervioso, apuntó hacia la nave extraterrestre con su fusil. Grothum se dio cuenta y ordenó:

—Deje ese fusil, doctor.

—¿Por qué?

—Es más que probable que los tripulantes del platillo volante nos estén observando, y no quiero que piensen que venimos en son de guerra. Debemos demostrarles que somos gente pacífica. Sólo así confiarán en nosotros y se dejarán ver.

—El profesor Grothum tiene razón, doctor —opinó Darío—. Es lógico que, en principio, esos seres desconfíen de nosotros. Que se nos muestren recelosos. Han caído en un planeta desconocido para ellos y no saben cómo vamos a recibirlos.

—Exacto —cabeceó Klaus.

—Está bien —rezongó Stefan, y bajó el arma.

El platillo rojo continuó quieto y silencioso.

Como si no hubiera nadie en su interior.

Nadie con vida, al menos.

Los ocupantes de los otros dos vehículos-oruga esperaban, nerviosos, las órdenes del director-jefe de «Sandra-5». Por fin, Klaus Grothum se volvió hacia ellos y, con el brazo les indicó que descendieran de los vehículos.

Los cinco hombres y las tres mujeres se apearon, los primeros empuñando sus respectivos fusiles de rayos infrarrojos.

—¡Acercaos! —indicó Grothum—, ¡Y apuntad con los fusiles al suelo!

Alexey, Salvatore, Jan, Fernand y Chieko lo hicieron así, mientras que Gunilla, Ursula y Daniela, al igual que Lila, no echaron mano de

sus respectivas pistolas de rayos láser.

El profesor Grothum y su gente se aproximaron un poco más al platillo rojo y formaron una especie de semicírculo en torno a él, a no más de diez metros de la nave.

Todos los fusiles, sin excepción alguna, apuntaban al suelo.

La actitud del personal de «Sandra-5» no podía ser más pacífica.

Sin embargo, los seres que se suponía viajaban en el hermoso platillo volador seguían sin dar señales de vida.

—O no se fían de nosotros... o están todos muertos —murmuró Darío.

—Me inclino por lo primero —dijo Klaus Grothum—. El aterrizaje fue violento, a la vista está, pero no tan terrible como para que perecieran todos sus ocupantes.

—Pudieron quedar conmocionados, a causa del choque —dijo Lila—. Y quizá continúan así. ¿No cree, doctor Biskupski...?

—Sí, es posible —respondió Stefan.

—Si pudiéramos penetrar en la nave... —murmuró Grothum.

—Eso se me antoja imposible, profesor —dijo Darío.

—A mí también, así que sólo cabe esperar a que nuestros visitantes se dejen ver —suspiró el director-jefe de «Sandra-5».

CAPÍTULO V

Los minutos iban pasando, en medio de la lógica tensión del personal de «Sandra-5», pero todo seguía igual.

El platillo rojo no daba el menor signo de vida.

Ni se movía, ni se encendía luz alguna, ni se abría una puerta, ni se abría un mirador...

El silencio, por otra parte, continuaba siendo absoluto.

El profesor, cansado de esperar, dijo:

—Voy a adelantarme. Les hablaré y les haré saber que nuestras intenciones son totalmente pacíficas. Que deseamos conocerles y ser sus amigos. Y prestarles nuestra ayuda, si es que la necesitan.

—No le entenderán, profesor —habló el doctor Biskupski—. Esos seres, vengan de donde vengan, desconocerán por completo nuestra lengua.

—Seguro. Pero confío en que dispongan de algún medio para traducir mis palabras a su lengua y puedan saber lo que les digo. Por el tono de mi voz y por mis gestos, en cualquier caso, adivinarán que nada malo pueden esperar de nosotros a menos que ellos se muestren agresivos y nos obliguen a defendernos.

—Inténtelo, profesor Grothum —dijo Darío Forrest—. Pero tenga cuidado, ¿eh?

—Sí, profesor, que esos seres pueden surgir en cualquier momento y damos un susto a todos —añadió Lila Stevens.

Klaus Grothum sonrió ligeramente.

—Nos haremos amigos, estoy seguro —dijo, y se adelantó unos pasos, quedando a cinco metros escasos del platillo volante.

Su fusil de rayos infrarrojos no dejó en ningún momento de apuntar al suelo. Antes de empezar a hablar, levantó su mano izquierda en son de paz.

—¡Bien venidos al planeta Tierra, tripulantes del platillo rojo! ¡Somos gente pacífica y queremos brindaros nuestra amistad! ¡Si necesitáis ayuda, os la prestaremos con mucho gusto! ¡Podéis salir de vuestra nave sin ningún temor, viajeros del espacio! ¡Estamos deseando conoceros!

El profesor Grothum no dijo nada más.

Había hablado suficiente, así que sólo quedaba esperar la

respuesta de los seres que habían llegado a la Tierra en el brillante platillo rojo.

Y su respuesta, desgraciadamente, fue el silencio.

La quietud.

Nada cambió tras las sinceras y notables palabras del director-jefe de «Sandra-5».

Klaus Grothum esperó aún varios minutos más.

Después, desilusionado, dio media vuelta y se reunió con su gente.

Y fue entonces, al regresar junto al doctor Biskupski, Darío Forrest, Lila Stevens, y los demás, cuando se escucharon un par de rugidos.

Poderosos.

Escalofriantes.

De los que ponen los pelos de punta.

Y así se le pusieron a más de uno.

* * *

En principio, la mayoría de los hombres y mujeres que acompañaban al profesor Grothum pensaron que los rugidos habían surgido de la nave extraterrestre, lanzados por los seres que viajaban en ella.

Pero no.

Los tripulantes del platillo rojo nada tenían que ver con los poderosos rugidos de fiera que acababan de escucharse.

¡Habían sido lanzados por un par de osos polares!

¡Un par de osos enormes y fieros, que habían descubierto al profesor Grothum y a los suyos, y ya venían hacia ellos, con intención de devorar a algunos y llevar a los demás a su «despensa», para cuando volvieran a sentir hambre!

En aquellos momentos, desde luego, tenían mucha.

De ahí que no hubieran dudado en atacar.

¡Estaban deseando saciar su apetito!

Darío Forrest fue el primero en descubrir a la pareja de gigantescos osos.

—¡Cuidado, muchachos! —gritó, levantando su fusil.

—¡Son dos osos! —exclamó el doctor Biskupski.

—¡Y están hambrientos! —añadió Lila Stevens, sacando ya su pistola de rayos láser.

—¡Disparad! —ordenó el profesor Grothum—. ¡Hay que impedir que lleguen hasta nosotros! —agrego, elevando su fusil.

Darío hizo funcionar el suyo y, como tenía buena puntería, el rayo infrarrojo alcanzó a uno de los plantígrados justo debajo de su cabezota.

La bestia frenó un poco su carrera, al tiempo que emitía un rugido ensordecedor, porque el rayo calorífico le había abrasado la dura piel y había llegado hasta su carne.

El otro oso polar siguió lanzado, pero pronto se vio alcanzado por los disparos del profesor Grothum, Darío, Lila, el doctor Biskupski, y los demás.

El animal se derrumbó y rodó por el hielo, dando unos rugidos espantosos. Los rayos láser e infrarrojos le habían destrozado literalmente el cuerpo.

El otro plantígrado recibió también una generosa ración de disparos y rodó asimismo por la nieve, soltando rugidos.

Pero ambos osos seguían vivos.

Y ahora estaban a sólo unos metros del profesor Grothum y los suyos.

El director-jefe de «Sandra-5», consciente de que aún estaban en peligro, gritó:

—¡Seguid disparando! ¡Tenemos que acabar con ellos!

Los fusiles de Darío, Alexey, Salvatore, Jan, Fernand y Chieko vomitaron nuevos rayos caloríficos, lo mismo que los de Klaus Grothum y Stefan Biskupski.

Lila, Gunilla, Ursula y Daniela, por su parte, volvieron a accionar sus respectivas pistolas de rayos láser.

Los dos osos bramaron como locos al recibir la nueva ración de disparos y dejaron de dar vueltas por la nieve. Se movieron todavía un poco, débilmente ya, y luego quedaron rígidos.

Estaban muertos.

Y habían quedado tan cerca del profesor Grothum y su gente, que éstos casi los podían tocar con las manos. Vistos así, aún parecían más gigantescos.

Eran, desde luego, dos ejemplares colosales.

Dos bestias temibles.

Por fortuna, el profesor Grothum y los suyos habían sabido abatirles antes de que hiriesen o diesen muerte a alguien, por lo que se sentían todos muy satisfechos, después del susto inicial.

El ataque de los osos, por otra parte, había hecho que el personal de «Sandra-5» se olvidara momentáneamente del platillo volador y de sus posibles tripulantes.

Incluso le daban la espalda.

Si se hubiera dejado ver en aquel momento alguno de los seres que se suponía viajaban en la nave extraterrestre, nadie se hubiese percatado de ello.

Pero no había sido así.

La situación, por lo que al platillo rojo se refiere, seguía siendo la misma.

Nada había variado.

La nave extraterrestre parecía una nave muerta.

Tras haberse convencido de que los dos osos no suponían ya peligro alguno, por hallarse ambos muertos, el profesor Grothum y sus acompañantes volvieron a prestar atención al platillo volador.

Como todo seguía igual, el doctor Biskupski dijo:

—Estamos perdiendo el tiempo, profesor.

—Sí, me temo que sí —suspiró Klaus—. Los tripulantes de esta misteriosa nave no quieren nada con nosotros. No nos han atacado, eso es cierto, pero no se fían de nosotros. Mis palabras, lamentablemente, no sirvieron de nada.

—¿Qué hacemos, profesor Grothum? —preguntó Darío.

—Regresaremos a la Base e informaremos al Ministerio de Defensa de la presencia de esta extraña nave en el Ártico. Ellos decidirán lo que hay que hacer. Nosotros no podemos hacer más.

—Es lo más sensato —opinó Stefan Biskupski, que estaba deseando largarse de allí.

—Volvamos a los vehículos, muchachos —indicó Grothum, después de echar una última mirada al platillo rojo.

Caminaron todos hacia los vehículos-oruga, montaron en ellos, y se alejaron del lugar, dejando sola a la misteriosa nave extraterrestre.

Bueno, no tan sola como antes, porque ahora contaba con la compañía de los dos osos muertos. No eran una compañía demasiado agradable, pero mejor que los osos estuviesen muertos que vivos.

Especialmente, si los tripulantes del platillo rojo se hacían el ánimo de descender de su nave y darse un paseo por el hielo.

¿Lo harían…?

Al profesor Grothum le hubiera gustado dejar uno de los vehículos-oruga, con sus cuatro ocupantes, de vigilancia, para saber si los tripulantes del platillo volante daban alguna señal de vida, pero era demasiado duro pasarse la noche entera en los hielos del Ártico, soportando la bajísima temperatura.

Hubiera sido, también, muy arriesgado dejar solamente a cuatro personas de vigilancia, porque podían verse sorprendidas por los seres que viajaban en la nave alienígena.

Sorprendidas… y atrapadas.

No, lo más sensato, como había dicho el doctor Biskupski, era regresar a la Base y dejar que el Ministerio de Defensa se encargase del misterioso platillo rojo.

CAPÍTULO VI

La expedición llegó a «Sandra 5» sin novedad.

Los tres vehículos-oruga se introdujeron en el hangar de la Base, sus ocupantes saltaron al suelo, y caminaron todos hacia la puerta que comunicaba con la sala de equipos espaciales.

El profesor Grothum y los suyos se despojaron rápidamente de los equipos, mientras eran acosados a preguntas por los dos hombres y las cuatro mujeres que se habían quedado en la Base.

Klaus Grothum y sus acompañantes hablaron del misterioso platillo rojo. Y también de la pareja de gigantescos osos, que pudieron aniquilar antes de que causaran daño alguno.

Después, el profesor Grothum se trasladó a la sala de comunicaciones, para informar personalmente al Ministerio de Defensa. Le acompañaron el doctor Biskupski, Darío Forrest y Lila Stevens, estos dos últimos por expreso deseo del director-jefe de «Sandra-5.

Los demás, quedaron conversando en grupo.

Ya en la sala de comunicaciones, el profesor Grothum trató de ponerse en contacto con el Ministerio de Defensa, pero ocurrió algo sumamente extraño.

En la pantalla de comunicaciones sólo aparecían rayas.

Unas rayas gruesas, horizontales, acompañadas de unos ruidos muy raros.

—¿Qué diablos está pasando...? —exclamó Klaus Grothum absolutamente perplejo.

—Parece que el sistema de comunicaciones está averiado, profesor Grothum —opino Lila.

—Yo diría que es una interferencia —habló Darío.

—¿Una interferencia...? —repitió Grothum.

—Sí, una manera muy eficaz de evitar que podamos comunicarnos con el Ministerio de Defensa.

El profesor Grothum y el doctor Biskupski intercambiaron una mirada.

Después, clavaron sus ojos en Darío Forrest.

También Lila Stevens lo hizo.

Y fue ella quien preguntó:

—¿Insinúas que se trata de algo deliberado...?

Darío asintió con la cabeza.

—Efectivamente. La interferencia es cosa del platillo rojo. Sus tripulantes no desean que informemos a nadie de su presencia en el Ártico. Y menos, al Ministerio de Defensa. Por eso han bloqueado nuestro sistema de comunicaciones.

El doctor Biskupski sintió un ramalazo de frío en la espalda, a pesar de que la temperatura ambiente, en el interior de «Sandra-5», era de 25 °C.

—¡Estamos incomunicados! —exclamó, haciendo un gallo con la voz.

—Me temo que sí, doctor —cabeceó Darío.

—Si realmente es cosa de los seres que viajan en ese platillo volante, muestra que sus intenciones no son buenas... —observó Lila, en tono quedo, pues también ella había sentido frío por todo el cuerpo tras las palabras de Darío.

—Evidentemente —asintió Forrest.

Klaus Grothum se apresuró a intervenir:

—No saquemos conclusiones precipitadas. En primer lugar, no podemos asegurar que nuestro sistema de comunicaciones falle por culpa de los tripulantes del platillo rojo. Puede estar averiado, como dijo Lila.

—¿Se había averiado antes, profesor? —preguntó Darío.

—¡Nunca! —respondió Stefan Biskupski—. ¡Es la primera vez que falla!

—Es cierto, pero... —empezó a decir Grothum.

Darío meneó la cabeza.

—El sistema de comunicaciones no está averiado, profesor. Es una interferencia. Y, dada la presencia de esa misteriosa nave extraterrestre en el Ártico, tan próxima a «Sandra-5», forzosamente tenemos que pensar que la interferencia ha sido provocada por los seres que viajan en el platillo volante.

—¡Naturalmente! —exclamó Biskupski.

Klaus Grothum se mesó nerviosamente el cabello.

—Bien, aun admitiendo que la inutilización de nuestro sistema de comunicaciones es cosa de esos seres, ello no significa necesariamente que traigan malas intenciones. Estuvimos muy cerca de su nave, durante bastantes minutos, y no nos atacaron. Y hubieran

podido hacerlo, qué duda cabe. Sin embargo, no nos causaron daño alguno. Y nos permitieron regresar a la Base. Todo eso me hace pensar que los tripulantes del platillo rojo tienen algún problema con su nave, que están intentando solucionarlo, y que se marcharán en cuanto hayan reparado la avería, sin molestarnos en absoluto. Naturalmente, ellos tampoco desean ser molestados mientras solucionan su problema. Por eso han bloqueado nuestro sistema de comunicaciones. Si hubiéramos informado al Ministerio de Defensa de la presencia de esa nave extraterrestre en el Ártico, a sólo unos kilómetros de nuestra Base, varias naves de combate hubieran salido inmediatamente hacia aquí. Es lo que esos seres tratan de evitar.

Darío Forrest, tras unos segundos de reflexión, dijo:

—Es posible que tenga razón, profesor Grothum. De todos modos, habrá que estar alerta por si las intenciones de esos seres son otras.

—Desde luego —asintió el director-jefe de «Sandra- 5»—. La mitad del personal de la Base se irá a dormir, pero la otra mitad vigilará atentamente. Por la mañana, los que hayan permanecido de guardia serán reemplazados y podrán dormir también unas horas.

—Me ofrezco voluntario para el primer turno de vigilancia, profesor Grothum —dijo Darío.

—Y yo —habló Lila.

—Yo también —dijo el doctor Biskupski—. No podría dormir sabiendo que esos misteriosos seres están tan cerca de nosotros.

El profesor Grothum se puso en pie.

—Reunámonos con los demás —dijo, y caminó hacia la puerta seguido de Biskupski, Darío y Lila.

* * *

El profesor Grothum, después de exponer la situación a la totalidad de los miembros de la Base, designó a los que debían realizar el primer turno de vigilancia y les dio órdenes oportunas, rogando a los demás que volvieran a sus habitaciones.

Entre los que se fueron a dormir, figuraba la checoslovaca Daniela Havlikova. Preocupada, como todos, se introdujo en su habitación y procedió a desvestirse.

Lo hizo maquinalmente, porque su pensamiento estaba muy lejos

de allí. Concretamente, en el punto donde cayera el brillante platillo rojo, tripulado por unos seres que todavía no se habían dejado ver, pero que nadie dudaba ya que existían.

El bloqueo del sistema de comunicaciones de la Base Polar, era una clara prueba de ello.

Daniela se había despojado de todo, incluido el reducido slip brillante, y se hallaba totalmente desnuda. Tenía el cabello rojizo y poseía un cuerpo hermoso, en la plenitud de su belleza, ya que la checa contaba veintiséis años de edad.

Sobre la cama, yacía el pijama de Daniela.

La checa se disponía a coger el pantalón, cuando creyó oír un leve ruido en el baño. Naturalmente, se olvidó del pijama y fue hacia la puerta del baño, que permanecía cerrada.

Daniela la abrió cosa de un palmo y asomó la cabeza por el hueco.

Al instante, sus ojos se desorbitaron, su boca se abrió de par en par, y su cuerpo desnudo sufrió una terrible sacudida, como si acabara de pisar un cable eléctrico.

No era para menos, desde luego, porque allí, en el baño había un ser horrible, espantoso, alucinante. Era de estatura ligeramente inferior a la terrestre y tenía cabeza, tronco y extremidades, como los humanos, pero la verdad es que parecía un animal capacitado para mantenerse erguido y caminar así.

Tenía la piel rugosa y amarillenta, una especie de cresta en su cabeza, que le bajaba por la nuca y cruzaba su espalda, llegando hasta la rabadilla, los ojos redondos y salidos, desprovistos de pestañas, la nariz hundida, la boca grande, casi de oreja a oreja, con unos labios gruesos como salchichas, y la lengua larga y bífida, como las serpientes.

Las orejas eran estrechas y altas, hasta el punto de sobresalir ligeramente por ambos lados de la cabeza. Terminaban en pico y daban la impresión de ser un magnífico par de antenas.

Los brazos y piernas, más que de ser humano, parecían de batracio, porque los dedos no eran independientes, sino que estaban unidos entre sí por unas delgadas membranas, que se adivinaban sumamente flexibles.

Las uñas, largas, gruesas y afiladas, eran auténticas garras. Tanto las de las manos como las de los pies. Debían de ser sus armas, ya

que no empuñaba ninguna y tampoco las llevaba a la cintura.

En realidad, el aterrador ser no llevaba encima más que un escueto slip plateado, muy brillante, que cubría sus órganos masculinas y muy poco más.

Los horribles ojos del ser, muy brillantes también, se habían posado inmediatamente en el rostro de Daniela Havlikova, que se había quedado paralizada de terror.

Y es que la checa adivinaba que tenía ante sí a uno de los seres que habían llegado a la Tierra en el platillo rojo. Lo que ya no era capaz de adivinar, es cómo demonios había conseguido llegar aquel ser a su habitación.

A su baño, para ser exactos.

El caso es que estaba allí, mirándola fijamente con sus ojos de rana, aterrorizándola con su horripilante aspecto de animal convertido, aunque sólo a medias, en ser humano.

Y nada bueno podía esperar de él.

Eso, al menos, se decía Daniela.

De ahí que, cuando el habitante de otro mundo dio un paso hacia la puerta del baño, la checa recobrara en el acto su movilidad y echara a correr como loca.

CAPÍTULO VII

Por eso, por correr tan alocadamente, Daniela Havlikova perdió el equilibrio y se estrelló de bruces contra el suelo, cuando todavía le faltaban varios metros para alcanzar la puerta.

Una puerta que la checoslovaca hubiera cruzado como una exhalación, sin tener en cuenta que se hallaba en traje de Eva. En realidad, ni se acordaba de que estaba completamente desnuda.

Sólo pensaba en el espeluznante ser de otro mundo, en que podía atraparla y despedazarla con sus poderosas garras de fiera. Y eso, por culpa de la inoportuna caída, podía muy bien suceder.

Antes de incorporarse, Daniela volvió la cabeza.

Un gemido de horror escapó de su garganta.

¡El escalofriante ser estaba saliendo ya del baño!

¡Venía por ella!

¡No quería que huyera!

Daniela se puso en pie de un salto, pero, en vez de echar a correr de nuevo, se abalanzó sobre la silla en cuyo asiento descansaba su ropa.

Su ropa... y su pistola de rayos láser.

Los ojos de la checa se habían posado en su arma, mientras se erguía con prontitud, y se había dicho que era mejor empuñar la pistola y utilizarla contra el espantoso ser, que correr hacia la puerta.

Daniela consiguió empuñar el arma y, como había visto que el habitante de otro mundo no portaba armas, creyó tener dominada la situación.

Apuntó al horrible ser y ordenó:

—¡Quieto o disparo!

El extraterrestre se detuvo, pero no porque estuviera asustado, ya que la pistola de rayos láser que empuñaba la checa no le inspiraba ningún temor.

A Daniela le temblaba la mano.

Bueno, en realidad, le temblaba todo.

—¡No te muevas o acabaré contigo, extraterrestre! —aseguró, y dio un paso hacia el interfono instalado en la pared, cerca de la cama, como en el resto de los dormitorios.

Pensaba avisar al profesor Grothum, para que acudiera

inmediatamente acompañado de varios miembros de la Base, pero el ser de otro mundo entró en acción y lo impidió.

Lo consiguió sin moverse de donde estaba, utilizando solamente sus pupilas, capaces de enviar unos rayos azulados que, por el momento, sirvieron para desarmar a la checoslovaca.

Ambos rayos chocaron con la pistola de rayos láser y la arrancaron limpiamente de la mano de Daniela, haciendo que ésta diera un grito de sorpresa.

El arma se estrelló contra el suelo, quedando al alcance de la checa, que hizo ademán de recogerla, pero los horribles ojos del ser del espacio emitieron otros dos rayos azulados.

Esta vez, el extraterrestre había tomado como blanco el pecho desnudo de Daniela. La checa tuvo la sensación de que recibía una doble coz en su caja torácica y cayó violentamente al suelo, dando un grito de dolor.

Quedó tendida boca arriba, sin fuerzas para levantarse. Los rayos azulados no habían dejado señal alguna en su pecho, pero el dolor era muy fuerte, terrible.

Daniela se lo oprimía con ambas manos, entre gemidos.

El alienígena movió sus piernas de batracio y se le acercó.

La checa creyó que iba a golpearla de nuevo con los rayos azulados que sus malditos ojos podían despedir. O a desgarrarle el cuerpo con sus largas uñas de animal, que aún sería peor.

Sin embargo, se equivocó.

El extraterrestre no volvió a atacarla.

Lo que hizo, fue transformarse.

Con rapidez.

Daniela dilató los ojos.

¡El alienígena era un mutante!

¡Podía adoptar cualquier personalidad!

¡Cualquier físico!

En aquella ocasión, se transformó en una mujer terrestre, joven, guapa, con el cabello rojo, y un cuerpo espléndido.

¡La doble de Daniela Havlikova!

Los ojos de la checa se dilataron aún más.

¡No podía creer lo que estaba viendo!

¡Tenía ante sí a su hermana gemela!

¡Era idéntica a ella!

La única diferencia, estribaba en que la doble de Daniela llevaba el escueto slip plateado y brillante, y la verdadera Daniela se hallaba totalmente desnuda.

Pero la doble de la checa no tardó en hallarse así también, ya que lo primero que hizo, una vez concluido el proceso de mutación, fue despojarse del slip.

Y, lo que había bajo él, también había cambiado.

Ahora, el extraterrestre tenía un sexo de mujer.

El de Daniela.

La checa, atónita, no se movía ni decía nada.

Se limitaba a mirar.

Y vio cómo su doble cogía el pijama de ella y se lo ponía tranquilamente, con una extraña sonrisa en los labios. Se colocó primero el pantalón y luego la pieza de arriba, que era cerrada y se ponía por la cabeza.

El pijama, muy delgado, era bastante transparente, por lo que se vislumbraban las tentadoras formas de la doble de Daniela.

El mutante, que seguramente no era capaz de hablar como la checa, porque no había pronunciado palabra, clavó sus ojos en la frente de Daniela y lanzó otro par de rayos azulados.

La checoslovaca sufrió una violenta contracción, compuso una mueca espantosa, de terrible sufrimiento, y pareció arañar el suelo con sus uñas, las manos totalmente crispadas.

Sólo duró unos segundos.

Después, quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos y una expresión horrible en ellos, la boca torcida, la cabeza ladeada, las piernas separadas…

Daniela estaba muerta.

La Daniela verdadera, porque la otra seguía viva y con ganas de seguir matando. Por eso, y no por otra cosa, había adoptado el físico de la checa.

* * *

Fernand Gys, el francés, era otro de los que había vuelto a sus habitaciones, al no haber sido designado por el profesor Grothum para realizar el primer turno de vigilancia.

Tenía treinta y dos años de edad, una estatura y complexión aceptables, y las facciones agradables. Un fino y cuidado bigote adornaba su labio superior.

Al igual que Daniela Havlikova, se había desvestido maquinalmente, porque no podía dejar de pensar en el platillo rojo y en sus misteriosos tripulantes.

Se despojó también del slip y se puso el pantalón del pijama, que era la única pieza que usaba para dormir. La chaqueta, no se la ponía nunca.

Con el torso desnudo y los pies descalzos, fue hacia el baño y se introdujo en él. Permaneció unos minutos allí, después salió, y se acostó en la cama.

Con las manos cruzadas debajo de su nuca, siguió pensando en la extraña nave extraterrestre y en lo que podía suceder en las próximas horas.

De pronto, la puerta de su habitación se abrió silenciosamente y alguien se coló en ella. Fernand ladeó la cabeza y descubrió a la mujer que acababa de penetrar en su dormitorio.

—Daniela… —murmuró, gratamente sorprendido.

La checa le sonrió sensualmente.

La doble de la checa, claro.

Sin pronunciar palabra la falsa Daniela se acercó a la cama.

Fernand observó su hermoso cuerpo a través del fino pijama. Sus rotundos pechos, los descarados pezones, el pícaro ombligo, la sombra de su pubis…

El mutante convertido en la doble de Daniela Havlikova se detuvo junto a la cama y acarició al francés con los ojos.

Fernand irguió el desnudo torso y posó sus manos en las redondas caderas de la falsa checoslovaca.

—Daniela… —repitió, convencido de que la checa venia decidida a acostarse con él.

Y ella pareció darle la razón, puesto que se despojó de la pieza superior del pijama, lenta y voluptuosamente, y quedó con el pecho desnudo.

Fernand se apresuró a besarle el suave estómago, alcanzando en sólo tres besos los magníficos pechos de la checoslovaca, que también besó, con extraordinaria habilidad.

A pesar de ello, ni un solo gemido de placer escapó de la garganta

de la falsa Daniela.

Fernand, mientras le besaba los senos y mordisqueaba suavemente los deliciosos pezones, tiró del pantalón hacia abajo y descubrió la mitad inferior del cuerpo de la checa, que empezó a acariciar con sus manos.

La falsa Daniela le dejó hacer.

Un par de minutos después, sin embargo, cogía por los hombros al francés y lo empujaba con suavidad, hasta hacerlo caer de espaldas en la cama.

Siempre con la sonrisa en los labios, la falsa checa se despojó del pantalón y después despojó a Fernand del suyo, dejándolo tan desnudo como ella.

Lo necesitaba así, para que uno de sus compañeros pudiera adoptar el físico exacto del francés.

Fernand alzó los brazos.

—Ven, Daniela… —pidió en tono amoroso.

La checa no se movió.

Lo que hizo, fue enviarle un par de rayos azulados con sus ojos y destrozarle literalmente el cerebro.

CAPÍTULO VIII

En la sala de comunicaciones, el profesor Grothum luchaba por hacer desaparecer de la pantalla las gruesas rayas horizontales y los extraños ruidos, pero no lo conseguía.

Lo había revisado ya todo y nada fallaba, lo que venía a dar la razón a Darío Forrest. El sistema de comunicaciones no estaba averiado, lo de las rayas y los ruidos era cosa de los tripulantes del platillo rojo, que no querían que el personal de «Sandra-5» informara a nadie de su presencia en el Ártico.

El doctor Biskupski, que se encontraba también en la sala de comunicaciones, posó su mano en el hombro del director-jefe de «Sandra-5» y dijo:

—Déjalo ya, Klaus. Es inútil que insistas. No lograrás establecer comunicación con el Ministerio de Defensa. Esos seres no lo permitirán.

Grothum lanzó un suspiro de resignación y dejó de luchar.

—Tienes razón, Stefan. Estamos perdiendo tontamente el tiempo. La interferencia no desaparecerá hasta que los tripulantes del platillo volante la retiren. Y para entonces, claro, su nave ya no se encontrará incrustada en los hielos del Ártico, sino volando der regreso a su planeta.

—¿De veras crees que esos seres se marcharán sin causarnos problema alguno, Klaus?

—Así lo espero, Stefan.

—Yo no estoy tan seguro.

—Bueno, lo que se dice seguro, seguro, yo tampoco lo estoy… —confesó Grothum—. Por eso dejé a la mitad del personal de vigilancia. Si esos seres deciden salir de su nave y se aproximan a nuestra Base, los descubriremos a tiempo y podremos defendernos, caso de que nos ataquen. Aunque, sinceramente, no creo que lo hagan. De ser ésas sus intenciones, nos hubiesen atacado cuando nos aproximamos a su nave, ya lo dije antes.

—No sé —murmuró Biskupski.

Grothum se levantó y palmeó la espalda del médico.

—Arriba ese ánimo, doctor. Verás como todo termina bien.

—Dios te oiga.

—Anda, vamos. Aquí no hacemos nada —dijo el director-jefe de «Sandra-5», y él y Stefan Biskupski abandonaron la sala de comunicaciones.

* * *

Darío Forrest y Lila Stevens vigilaban a través de la ventana de una de las dependencias de la Base Polar. Llevaban algunos minutos en silencio, escrutando atentamente la blanca superficie que rodeaba «Sandra-5». De pronto, Darío pasó su brazo por los hombros de Lila y la atrajo hacia sí. Y, cuando ella le miró, la besó en los labios, recreándose en la acción.

Lila no puso objeciones, pero, cuando separaron sus bocas, dijo:

—No pierdes ocasión de aprovecharte, ¿eh?

—Me lo debías, cariño.

—¿El qué?

—El beso.

—Yo no te debía nada.

—Te ayudé a vestirte.

—Y yo te mostré mi busto.

—Una obra de arte:

—Y mi trasero.

—Otra obra de arte.

—Así te pagué tu ayuda.

—No es suficiente.

—¿Qué más quieres?

—Hacer el amor contigo.

—Pides demasiado.

—Lo hubiéramos hecho, de no habernos interrumpido el profesor Grothum.

—¿Estás seguro?

—Tú también lo deseabas, Lila. ¿Vas a negarlo…?

Lila Stevens sonrió.

—Estamos descuidando la vigilancia, Darío.

—No cambies de conversación y admite que sientes lo mismo por mí que yo por ti.

—Si aparecen los tripulantes del platillo rojo, no los veremos.

—No quieres reconocerlo, ¿eh?

—¿Cómo serán esos seres, Darío?

—¡Al diablo contigo! —exclamó Forrest, y la soltó bruscamente.

Lila se echó a reír.

—¡Te enfadas muy pronto, Darío!

—¡Tú me haces enfadar, maldita sea! ¡Te estoy hablando con el corazón en la mano y tú…!

Lila se las cogió las dos y le miró las palmas.

—En las manos no tienes nada, embustero.

—¿Cómo?

—Que no es cierto que me estás hablando con el corazón en la mano.

Darío estuvo a punto de soltar un taco, pero Lila le cubrió la boca con su mano derecha, al tiempo que se pegaba a él.

—Palabrotas no, cariño. Prefiero que me des otro beso — dijo, con pícara sonrisa.

A Darío se le pasó el enfado en seguida y abrazó con calor a Lila.

Ella retiró la mano de su boca, para que pudiera besarla.

Darío se disponía a hacerlo, cuando, de repente, se escuchó un carraspeo, emitido por una garganta femenina.

Era Gunilla Richter, que acababa de aparecer en la puerta de la sala.

—¿Molesto…? —preguntó, en tono irónico.

Lila se apresuró a separarse de Darío.

Este, visiblemente contrariado por la inoportuna aparición de la germana, preguntó:

—¿Deseas alguna cosa, Gunilla?

—Traigo un recado para Lila, de parte de Salvatore.

—¿Un recado?

—Sí, quiere verla.

Darío y Lila se miraron.

—Volveré en seguida —dijo ella.

—No tengas prisa, Lila —habló de nuevo Gunilla—, Me quedaré con Darío hasta que tú regreses.

—Muy bien.

Lila caminó hacia la puerta y salió de la estancia.

Gunilla se acercó a Darío, moviendo sensualmente sus formidables caderas.

—Todo sigue tranquilo por este sector, ¿no?

—Así es —asintió Darío, echando una mirada al exterior.

Gunilla llegó junto a él y miró también por la ventana.

—No creo que ocurra nada en toda la noche —dijo.

—Mejor.

—¿Volverás a la habitación de Lila, cuando nos reemplacen?

—¿Qué?

Gunilla sonrió.

—Estabas con ella cuando el profesor Grothum nos llamó a todos.

Darío carraspeó.

—No es lo que tú piensas, Gunilla.

—¿No?

—Sólo fui a decirle una cosa a Lila.

—Ya.

—¿No me crees?

—De no haberte sorprendido besando a Lila hace un momento, tal vez te hubiera creído, pero así...

—Un beso no tiene ninguna importancia, Gunilla.

—A mí no me has dado ninguno, todavía.

—Bueno, porque no he tenido ocasión.

—Ahora la tienes —dijo la germana, alzando los brazos y pasándolos por el cuello masculino.

Después, pegó su espléndido cuerpo al de él.

Darío miró nerviosamente hacia la puerta, por si aparecía Lila.

Como no la vio, besó a Gunilla.

La germana se mostró muy fogosa, hasta el punto de que tuvo que ser Darío quien interrumpiera el beso.

—Basta, Gunilla.

—¿Por qué?

—Lila regresará de un momento a otro y...

—Estará un buen rato con Salvatore.

—¿Cómo lo sabes?

—Salvatore está loco por Lila, me lo ha confesado.

—Sí, pero ella...

—¿Ella qué?

—Nada, olvídalo.

—Salvatore es un tipo muy ardiente, como todos los italianos. Y besa muy bien. Cuando Lila se vea en sus brazos...

—Ya veremos —rezongó Forrest.

—Yo también me siento muy a gusto en los tuyos, Darío —confesó la germana.

—¿De veras?

—Me encantaría hacer el amor contigo.

—Gunilla, eso es ir muy de prisa… —carraspeó de nuevo Forrest.

—¿Vendrás a mi habitación, cuando nos reemplacen?

—No sé.

—¿Prefieres que vaya yo a la tuya?

—No, es mejor que la visita la haga yo.

—Te estaré esperando con viva ansiedad, Darío.

—Bueno, no es seguro que yo…

—Vendrás, lo sé —sonrió Gunilla, y unió su boca a la de él, tan fogosamente como antes.

Darío no tuvo más remedio que devolverle el beso, aunque su pensamiento estaba con Lila y lo que Salvatore pudiera estar haciendo con ella.

CAPÍTULO IX

En la habitación de Fernand Gys, que había muerto en la cama, después de vivir unos segundos de intenso y terrible sufrimiento, la doble de Daniela Havlikova se llevó las manos a las sienes y cerró lentamente los ojos.

Telepáticamente, se puso en contacto con sus compañeros, los tripulantes del platillo rojo. Los informó de lo que había hecho en la Base Polar y pidió que uno de ellos se reuniera con él, para suplantar la personalidad del varón terrestre que acababa de liquidar.

Lo de reunirse con él, en la habitación de Fernand Gys, iba a ser muy fácil, ya que en el platillo volante disponían de un ingenio electrónico capaz de trasladar seres vivos de un lugar a otro en sólo un par de segundos.

Se introducía el ser vivo en una especie de cabina transparente, se activaba la máquina, y el ser desaparecía, apareciendo casi al momento en el lugar deseado, aunque estuviera muy lejos.

Así se había trasladado el extraterrestre de su nave a «Sandra-5», apareciendo en el baño de la habitación de Daniela Havlikova, su primera víctima, cuya personalidad había adoptado y mantenía tras haber dado muerte a Fernand Gys.

La falsa Daniela, que seguía completamente desnuda, abrió los ojos con lentitud y retiró las manos de sus sienes. Había terminado su informe telepático y ahora esperaba la llegada de uno de sus compañeros, el que debía transformarse en el doble exacto del varón terrestre.

No tuvo que esperar mucho, apenas cinco minutos.

La aparición de su compañero fue precedida por un suave zumbido y un leve ruido, que coincidió con la materialización del terrestre que venía a suplantar al infortunado francés.

Era un ser idéntico al anterior, el que adoptara el físico de la checoslovaca. No se diferenciaba en nada.

Había aparecido delante de la cama.

La falsa Daniela levantó el brazo y señaló el cuerpo sin vida de Fernand, desnudo, rígido, cada vez con menos color. Lo hizo en silencio y mirando al otro mutante.

Su compañero empezó a transformarse, sustituyendo su horrible

físico natural por el del varón terrestre. Consiguió una copia exacta, perfecta.

La doble de Daniela sonrió levemente y volvió a ponerse el sugestivo pijama de la checa. Su compañero, mientras tanto, se despojó del escueto slip plateado y se puso el pantalón del pijama de Fernand.

Luego, ambos mutantes abandonaron el dormitorio del francés y fueron en busca de dos nuevas víctimas. El doble de Fernand se introdujo silenciosamente en la habitación de Ursula Berg, y la doble de Daniela se coló en la de Jan Pulsen.

La sueca y el holandés iban a ser las nuevas víctimas.

* * *

Salvatore Taloni vigilaba junto a la ventana de otra de las dependencias de «Sandra-5». Tenía treinta y un años, el pelo negro y rizado, y llevaba bigote, más poblado que el de Fernand Gys.

El italiano era un tipo realmente apuesto, con su casi metro ochenta de estatura y su fuerte constitución, su aspecto varonil, su mirada penetrante...

Gustaba a las mujeres y solía tener mucho éxito con ellas.

Al oír pasos, Salvatore se volvió y descubrió a Lila Stevens.

—Lila... —pronunció, reflejando sorpresa.

—Gunilla me dio tu recado, Salvatore.

—¿Gunilla?

—Sí, me dijo que quenas verme.

El italiano sonrió.

—¡Qué astuta es la germana!

—¿Por qué dices eso?

—Yo no le di ningún recado para ti, Lila.

—¿No...?

—Se lo inventó ella para quedarse a solas con Darío, por el que está loca perdida. A mí me dijo que iba al servicio, la muy picara.

Lila apretó los labios.

—Así que me ha tomado el pelo, ¿eh?

—No te enfades, Lila. En el amor, como en la guerra, todo es válido. Y Gunilla, desde que vio salir a Darío de tu habitación,

cuando se dirigía conmigo hacia la sala de equipos especiales, tenía una espina clavada.

—Darío llevaba sólo unos minutos en mi habitación, Salvatore. Y no vino a lo que sin duda Gunilla y tú imaginasteis.

—¿Seguro...?

—No pasó nada, puedes creerme.

—¿Por falta de tiempo o por falta de ganas?

Lila le apuntó con el dedo.

—No quisiera enfadarme también contigo, Salvatore.

—Perdóname. Pero es que me gustas mucho y...

—Sé que te gusto, pero eso no justifica que pienses mal de mí.

—Te agrada Darío, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Lo suponía.

—Sólo nos hemos dado un par de besos, créeme.

—Suficiente para que yo le envidie.

—Tú le habrás dado muchos más a Gunilla. Y a Ursula. Y a Daniela. Y a las otras mujeres de la base. ¿A que sí...?

El italiano sonrió.

—Es cierto, les he besado a todas. Y he hecho el amor con casi todas ellas.

—Lo sabía, pedazo de bribón —sonrió también Lila.

Salvatore la cogió por la cintura.

—Tú me gustas más que ninguna, Lila.

—Me halaga oírtelo decir, pero yo...

—Prefieres a Darío, ¿eh?

Lila se mordió los labios.

—Lo siento, Salvatore, pero así es —confesó.

—No te preocupes, aceptaré deportivamente la derrota. Sólo te pido una cosa, Lila.

—¿El qué?

—Que me permitas besarte una sola vez.

—Salvatore...

—Por favor — insistió el italiano.

—Está bien —accedió Lila.

Salvatore la besó con pasión y sabiduría, pero no consiguió que Lila se olvidara de Darío y se abandonara en sus brazos. Cuando separaron sus bocas, ella se soltó y dijo:

—Tengo que volver con Darío, Salvatore.

—Gracias por el beso, Lila.

—Eres un buen tipo y no podía negártelo —sonrió la joven, y abandonó rápidamente aquel sector de la Base, porque le urgía saber qué estaban haciendo Darío y la zorra de Gunilla.

* * *

Ursula Berg se había dormido ya, así que no vio entrar en su habitación al falso Fernand Gys, en pantalón de pijama, descalzo, y con el torso desnudo.

La sueca lucía un corto camisón transparente, azul celeste, y un sucinto pantaloncito que hacía juego con el camisón. Dormía boca arriba y la brillante sábana le cubría solamente las piernas hasta la mitad del muslo.

El doble de Fernand se acercó a la cama, observó a la hermosa Ursula, y luego se inclinó, depositando un cálido beso en sus entreabiertos labios.

La sueca se despertó y miró al francés con cara de sorpresa.

—Fernand...

El falso Gys le sonrió y volvió a besarla, al tiempo que empezaba a acariciarle los muslos.

Ursula no sólo no le rechazo, sino que le ciñó el cuello con sus brazos y colaboró activamente en el beso, mientras con los pies enviaba la sábana hacia abajo.

Le apetecía hacer el amor con Fernand.

No sería, además, la primera vez.

El francés, entre besos y caricias, la despojó del sutil camisón.

Después, hizo lo propio con el breve pantaloncito.

La sueca estaba ya completamente desnuda.

Es decir, en condiciones de servir de modelo a otro tripulante del platillo rojo...

* * *

Alexey Bazunov no podía dormir.

La culpa, naturalmente, la tenía el misterioso platillo rojo, en el que el ruso no podía dejar de pensar.

Cansado de dar vueltas en la cama, Alexey se levantó, se colocó la bata, porque iba en slip, y dejó su habitación. Fue directamente a la de Daniela Havlikova, porque se llevaba muy bien con la checa e intimaba a menudo con ella.

Alexey iba dispuesto a hacer el amor con Daniela, diciéndose que sería la única manera de olvidarse, aunque sólo fuera por un rato, del maldito platillo rojo y de sus misteriosos tripulantes.

Entró en la habitación de la checoslovaca sin llamar, pensando que estaría dormida, pero la encontró en el suelo, desnuda, rígida, muerta, con una expresión tan horrible, que no pudo reprimir un grito de horror.

—¡Daniela...!

CAPÍTULO X

Darío Forrest quería separarse de Gunilla Richter, pero la germana no le soltaba y permanecía pegada a él, transmitiéndole el calor de su joven y exuberante cuerpo.

—Ya está bien, Gunilla.

—Bésame una vez más, Darío.

—No, se acabó.

—¿Es que no me deseas...?

Darío iba a responder, cuando vio entrar en la sala a Lila Stevens, lo que le hizo respingar y separarse con brusquedad de la ardiente Gunilla.

La germana miró también a Lila, sin poder disimular su contrariedad.

—Has vuelto demasiado pronto, Lila.

—Es que Salvatore tenía pocas cosas que decirme —respondió Lila Stevens, con ironía.

—¿De veras?

—Tú lo sabes mejor que nadie, Gunilla.

Darío intervino:

—¿Qué quieres decir, Lila?

—Salvatore no le dio ningún recado a Gunilla. Se lo inventó ella, para poder estar un rato contigo a solas.

Darío miró a la germana.

—¿Es cierto eso...?

Gunilla iba a contestar, pero se frenó al ver irrumpir en la sala al profesor Grothum y al doctor Biskupski, esgrimiendo ambos sus respectivas pistolas de rayos láser.

—¡Seguidnos, rápido! —ordenó el director-jefe de «Sandra-5».

—¿Qué ocurre, profesor...? —preguntó Darío.

—¡Han matado a Daniela!

Lila y Gunilla se estremecieron visiblemente.

—¿Qué...? —exclamó la primera.

—¿Daniela, muerta...? —galleó la germana.

—¡Alguno de los seres que llegaron en ese maldito platillo rojo debe de haberse infiltrado en la Base! —adivinó Grothum—. ¡Hay que dar con él! ¡O con ellos, si son más de uno!

Darío, Lila y Gunilla empuñaron sus pistolas de rayos láser y corrieron hacia el profesor Grothum y el doctor Biskupski.

—¡Vamos a la habitación de Daniela! —dijo Grothum—. ¡Alexey está con ella! ¡Avisa tú a Salvatore, Gunilla! ¡Y acudid los dos allí! ¡Los demás continuarán en sus puestos de vigilancia!

—¡Bien! —respondió la germana, y se disparó.

El profesor Grothum, el doctor Biskupski, Darío y Lila corrieron hacia la habitación de Daniela Havlikova.

* * *

Alexey Bazunov, que había utilizado el interfono de la pared para avisar al profesor Grothum, empuñaba la pistola de rayos láser de Daniela Havlikova.

La había recogido del suelo, lo mismo que el escueto slip plateado del mutante que adoptara la personalidad de la checoslovaca. La prenda había llamado inmediatamente la atención, pues, tanto por su forma como por la clase de tejido, saltaba a la vista que no pertenecía a Daniela.

Ni a ningún miembro de la Base Polar.

Alexey adivinó que no se trataba de una prenda terrestre y pensó inmediatamente en los tripulantes del platillo rojo.

—¡Ellos la han matado! —rugió, estrujando con rabia el plateado slip.

Justo en ese momento, la puerta se abría y el profesor Grothum, el doctor Biskupski, Darío Forrest y Lila Stevens entraban en la habitación.

Al ver a Daniela tirada en el suelo, desnuda, con la palidez y rigidez propias de la muerte, y aquella expresión tan estremecedora en su cara, los cuatro se llenaron de horror.

—Examine el cadáver, doctor —indicó Grothum, con voz ronca.

Biskupski lo hizo.

—No tiene herida alguna. Ni el más ligero rasguño —murmuró, extrañado.

—Debieron matarla con algún tipo de arma que no deja señal alguna en el cuerpo, pero que hace sufrir mucho, a juzgar por la expresión de su rostro y la crispación de sus manos, que parecen

arañar el suelo —dedujo Grothum.

—Su pistola yacía en el suelo —informó Alexey—. Sin duda intentó usarla, pero no le dio tiempo. Eso también estaba tirado en el suelo, profesor —añadió, mostrando el extraño slip plateado—. No es de Daniela. Ni de nadie de la Base. Debe pertenecer al extraterrestre que asesinó a Daniela.

Grothum tomó la prenda y la examinó.

—Efectivamente, no es terrestre. Lo que no entiendo es por qué el alienígena se despojó de él y lo dejó tirado en el suelo. A menos que... —miró el cuerpo desnudo de la checa.

Sus piernas separadas.

Su sexo, involuntariamente exhibido...

El doctor Biskupski entendió y examinó brevemente la intimidad de Daniela. Después; informó:

—Ninguna señal de violación.

—No lo comprendo, pues —rezongó Grothum.

—Lo que yo no comprendo, profesor, es cómo pudo llegar el extraterrestre hasta aquí sin ser visto por nadie —intervino Darío—. ¿Cómo consiguió penetrar en la Base, si todo estaba vigilado? ¡Ni que fuera un ser invisible!

—Los seres invisibles no usan slip —repuso Lila, aunque su intención no fue un chiste.

—Lila tiene razón —dijo Grothum—. El ser que asesinó a Daniela, era de carne y hueso. No sé cómo pudo introducirse en la Base sin ser detectado por nadie, pero el hecho es que se encuentra entre nosotros, que ha matado a Daniela, y que puede matar a más miembros de la Base si no lo descubrimos pronto y acabamos con él.

—Vamos en su busca, profesor —apremió Alexey—. Tengo ganas de vengar la muerte de Daniela.

—También yo, te lo aseguro —confesó el director- jefe de «Sandra-5»—. Salgamos de aquí.

Abandonaron todos la habitación de Daniela Havlikova, cuyo cadáver se hallaba ahora cubierto por una sábana. El doctor Biskupski se había encargado de ello.

En aquel preciso instante, aparecían Salvatore y Gunilla, con las armas empuñadas. Se reunieron con el profesor Grothum y los demás, y el italiano preguntó:

—¿Han averiguado algo, profesor?

—Sólo que uno o más seres extraterrestres han conseguido infiltrarse en la Base. El que asesinó a Daniela, dejó una pista —respondió Grothum, y le mostró el plateado slip del mutante que había suplantado a la checa.

—No me lo explico, profesor. Abajo está todo tranquilo. Cada cual continúa en su puesto de vigilancia. Nadie ha sido atacado ni ha visto nada. ¿Por dónde diablos penetraron esos malditos seres…?

—Lo averiguaremos, Salvatore. Lo primero, sin embargo, es revisar las habitaciones. Alguien más puede haber sido atacado. Vamos. Y tened todos las armas dispuestas.

El primer dormitorio donde miraron, fue el de Fernand Gys.

El francés seguía en la cama.

Desnudo.

Rígido.

Muerto.

Frente a la cama, en el suelo, yacía el slip plateado del ser que adoptara el físico de Fernand.

Darío lo recogió y comprobó que era idéntico al hallado en la habitación de Daniela.

—Profesor, esto demuestra que hay por lo menos dos extraterrestres en «Sandra-5» —dijo.

Klaus Grothum, pálido tras el hallazgo del segundo cadáver, murmuró:

—Sigo sin comprender por qué se despojan del slip y lo dejan tirado en el suelo, antes de marcharse.

—Sigamos buscando, profesor Grothum —masculló Alexey—, ¡Tenemos que encontrar a esos malditos!

—Sí, vamos. Nada podemos hacer ya por Fernand.

Salieron todos de la habitación y miraron en la de Jan Pulsen, temiendo hallarlo también cadáver.

Pero no.

El holandés seguía con vida.

Con vida… y con ganas de juerga, porque estaba besando y acariciando a una mujer, sentado en su cama, sin más prenda encima que el breve slip.

La mujer, ni eso.

Estaba completamente desnuda.

Su pijama yacía tirado en el suelo.

Alexey lo reconoció al instante.

Era el pijama de Daniela.

Y el ruso reconoció más cosas.

La rojiza y brillante cabellera de la checa.

Su larga y tersa espalda.

Sus amplias y curvadas caderas.

Su soberbio trasero…

Sólo podía ver la parte posterior del cuerpo de la mujer, porque ella les daba la espalda, pero no hizo falta que Alexey viera la parte delantera para que gritara:

—¡Es Daniela!

La mujer volvió la cabeza en el acto.

Y sí.

Era Daniela.

La falsa Daniela, claro.

CAPÍTULO XI

Jan Pulsen había dejado de besar y de acariciar a la doble de Daniela Havlikova, aunque seguía teniéndola en sus brazos, porque era una manera de evitar que la checa se diera la vuelta y el profesor Grothum y los demás la viesen de frente.

El holandés, muy sorprendido, no comprendía la irrupción en su dormitorio del director-jefe de «Sandra-5», acompañado del doctor Biskupski, Darío, Lila, Salvatore, Gunilla y Alexey.

¡Y todos esgrimiendo sus armas!

—¿Por qué no han llamado antes de entrar, profesor...? —preguntó Jan, sin soltar al mutante que suplantaba a Daniela.

Klaus Grothum no respondió.

Miraba a la falsa checa como si estuviera viendo un fantasma.

Así la miraban también el doctor Biskupski y los demás, todos absolutamente callados.

Y es que no podían hablar.

La sorpresa los había dejado mudos.

Era lógico, porque hacía tan sólo unos minutos que habían visto muerta a Daniela Havlikova y ahora la tenían ante sus ojos, en pie, llena de vida, rodeada por los brazos de Jan Pulsen.

La falsa Daniela tampoco decía nada, pero su cerebro pensaba a gran velocidad. No se atrevía a atacar al profesor Grothum y sus acompañantes, porque eran nada menos que siete en total. Contando a Jan, sumaban ocho.

Eran demasiados enemigos.

No podría con todos si iniciaba la lucha.

Por ello, prefirió ponerse en contacto con su compañero, el que había adoptado la personalidad de Fernand Gys, y que en aquellos momentos se encontraba en la habitación de Ursula Berg, preparando a la sueca para acabar con ella y que sirviera de modelo a uno de sus compañeros.

Lo hizo telepáticamente, para lo cual tuvo que cerrar los ojos un instante y llevarse las manos a las sienes.

Darío Forrest tuvo una corazonada y gritó:

—¡Apártate de ella, Jan! ¡Es un tripulante del platillo rojo!

—¿Qué? —parpadeó el holandés, perplejo.

—¡Suéltala y salta de la cama!

Jan Pulsen, aunque de una manera instintiva, soltó a la falsa Daniela y se arrojó de la cama por el lado opuesto.

La doble de la checa, al verse descubierta, abrió los ojos de golpe y se dispuso a liquidar a Darío con un par de intensos rayos azulados, dirigidos a su cerebro.

Por fortuna, el terrestre no dudó en accionar el gatillo de su pistola en cuanto vio que la falsa Daniela abría los ojos de nuevo. El rayo láser alcanzó en el pecho al mutante, porque éste se había dado la vuelta con rapidez, y se lo destrozó.

El extraterrestre lanzó un espantoso alarido y cayó de espaldas sobre la cama, prácticamente muerto, ya que sólo vivió dos o tres segundos más.

Y, al morir, el mutante ya no pudo seguir manteniendo su apariencia de mujer terrestre y empezó a transformarse, hasta recuperar su aspecto natural, que ya no podía ser más horrible.

Por eso, nada de extraño tuvo que Lila y Gunilla lanzaran sendos gritos horrorizadas, y ambas apartaran la mirada del alucinante cuerpo del extraterrestre, de cuyo pecho estaba brotando una sustancia amarillenta, pestilente y repugnante.

* * *

El profesor Grothum, el doctor Biskupski, Alexey, Salvatore y Jan se habían quedado atónitos. Los cinco contemplaban el aterrador cuerpo del extraterrestre liquidado por Darío Forrest, pero eran incapaces de articular palabra.

Tuvo que ser Darío quien rompiera el silencio, diciendo:

—Estos horribles seres son mutantes.

—¿Cómo..., cómo lo adivinaste, Darío...? —tartamudeó el director-jefe de «Sandra-5».

—Tenían que serlo, profesor. Daniela estaba muerta, así que no podía estar aquí, divirtiéndose con Jan. Era su doble. Una copia exacta, perfecta, que fue capaz de engañar a Jan. Vino, además, con el pijama de Daniela. Por eso se despojó del plateado slip. No podía llevarlo si quería suplantar a Daniela. Y sospecho que tenía intención de asesinar también a Jan.

El holandés se estremeció y preguntó:
—¿Con qué clase de arma...? ¡No llevaba ninguna, cuando entró en mi habitación!
—Creo que sus armas son sus ojos —adivinó Darío—. Cuando la falsa Daniela los abrió de nuevo y me miró, supe que se disponía a acabar conmigo. Por eso me apresuré a disparar.
Klaus Grothum apretó los maxilares.
—Si este ser adoptó la personalidad de Daniela, el otro debió adoptar la de Fernand —dedujo.
—Seguro —asintió Darío.
—Y si la falsa Daniela vino en busca de un hombre, el falso Fernand debió ir en busca de una mujer...
—Pienso lo mismo, profesor.
—¡Salgamos de aquí, rápidos! ¡Quizá aún podamos impedir que el falso Fernand asesine a otra de nuestras mujeres!
Abandonaron los ocho la habitación.
Jan Pulsen lo hizo en slip, pero no olvidó coger su pistola de rayos láser.

* * *

En la habitación de Ursula Berg, la sueca esperaba que el falso Fernand Gys la poseyera de un momento a otro, porque ya se lo había acariciado todo.
—Oh, Fernand, Fernand... —pronunció, con voz trémula de excitación, apremiante.
Sorprendentemente para Ursula, el francés se irguió y se retiró cosa de un metro de la cama. Conservaba todavía el pantalón del pijama.
—Fernand... —murmuró la sueca, desconcertada.
El mutante la miró fijamente a los ojos.
Se disponía a lanzarle un par de rayos azulados, para destrozarle el cerebro, cuando el suyo recibió la llamada de su compañero, el que suplantaba a Daniela Havlikova.
El falso Fernand se vio obligado a cerrar momentáneamente los ojos y se llevó las manos a las sienes.
El desconcierto de Ursula, que no sospechaba que se hallaba a un

paso de la muerte, se acentuó. Irguió lentamente su desnudo torso y quedó sentada en la cama.

—¿Qué te ocurre, Fernand? ¿Te sientes mal...?

El mutante abrió los ojos de golpe y su expresión se tornó dura, muy dura. La llamada de su compañero se había interrumpido bruscamente y eso significaba que había sido descubierto, pero él nada podía hacer por ayudarle.

No podía enfrentarse solo a ocho terrestres armados.

Además, no llegaría a tiempo de salvar a su compañero.

Ya debía de estar muerto...

El falso Fernand, furioso, dio un paso adelante y le propinó un duro golpe en el cuello a Ursula, con el canto de su mano derecha. La sueca exhaló un gemido, puso los ojos en blanco, y cayó hacia atrás, quedando inmóvil sobre la cama.

El mutante se despojó velozmente del pantalón de pijama y se transformó de nuevo, adoptando ahora el físico de Ursula Berg. Después, se colocó rápidamente el camisón de la sueca y el pantaloncito que hacía juego con él.

Luego, cogió el pantalón de pijama, cargó con la desvanecida Ursula, y corrió hacia el baño. Allí escondió a la sueca, dejó también el pantalón de pijama, y cerró la puerta, regresando velozmente a la cama.

Se acostó, se cubrió con la sábana hasta la cintura, y fingió dormir, diciéndose que eso lo libraría de las sospechas de los terrestres y le permitiría seguir adelante con el plan, que no era otro que apoderarse de «Sandra-5».

* * *

El profesor Grothum se detuvo frente a la puerta de la habitación de Ursula Berg.

—¿Preparados...? — dijo.

Las siete personas que le acompañaban asintieron con la cabeza.

—¡Adentro! —exclamó Grothum, y abrió la puerta de golpe.

Irrumpieron todos en la habitación, con las armas prestas.

El mutante que suplantaba a Ursula siguió haciéndose el dormido.

Al ver a la sueca acostada en su cama, con los ojos cerrados y la

respiración acompasada, el director-jefe de «Sandra-5» lanzó un suspiro de alivio.

—Ursula no ha sido atacada por el falso Fernand. Duerme como una niña.

—Lo raro es que no se haya despertado —observó Darío—. Hemos hecho bastante ruido al entrar.

—Revisemos las otras habitaciones. En ésta no hay mutantes —dijo Alexey.

—Sí, salgamos —estuvo de acuerdo Grothum.

Darío lo cogió del brazo.

—Un momento, profesor. Encuentro sospechoso que Ursula no se haya despertado. Me aseguraré de que está realmente dormida —dijo, y se acercó a la cama, con precaución.

CAPÍTULO XII

La falsa Ursula Berg se puso tensa como una cuerda de piano, aunque no lo pareciera. No contaba con aquello, con que uno de los terrestres quisiera asegurarse de que se hallaba realmente dormida.

Su plan se venía abajo, porque el mutante no podía hablar como la verdadera Ursula. Y si no decía nada, su actitud aún resultaría más sospechosa.

Aprovechando que tenía los ojos cerrados, el extraterrestre se puso en contacto con sus compañeros, los que continuaban en el platillo volante, y les pidió ayuda.

Una ayuda urgente, porque iba a ser descubierto en unos segundos y no podía luchar solo contra ocho terrestres armados con pistolas de rayos láser.

Darío Forrest se había detenido ya junto a la cama. Con la mano izquierda, porque con la derecha empuñaba su arma y apuntaba a la falsa sueca, por si las moscas, zarandeó suavemente al mutante.

—Ursula…

El extraterrestre no tuvo más remedio que abrir los ojos, fingiendo que se despertaba en aquel momento. Miró a Darío, simulando sorpresa y luego observó al profesor Grothum y los demás.

No habló, claro.

No podía hacerlo.

Darío retiró su mano del hombro desnudo de la falsa sueca y preguntó:

—¿Te encuentras bien, Ursula?

El mutante asintió con la cabeza.

—¿No ha estado aquí Fernand? —siguió preguntando Darío.

El alienígena movió nuevamente la cabeza, ahora en sentido negativo.

El extraño silencio de la falsa Ursula puso en guardia a Darío.

—¿Por qué respondes con la cabeza? ¿Es que no puedes hablar? —preguntó, dando un paso atrás.

El extraterrestre se vio perdido.

No podía seguir con la farsa.

Había sido descubierto.

Darío dio otro paso atrás y exclamó:
—¡No es Ursula! ¡Es otro mutante!
Un segundo después, todas las armas apuntaban a la falsa sueca.
El extraterrestre se asustó.
Creyó que había llegado su hora.
De repente, se escucharon unos suaves zumbidos.
La falsa Ursula se alegró.
¡Sus compañeros venían en su ayuda!

* * *

Tras los zumbidos, se escucharon unos leves ruidos, que coincidieron con la aparición de cuatro de aquellos horribles seres de piel rugosa y amarillenta, ojos redondos y salidos, nariz hundida, boca enorme y lengua de serpiente.

—¡Cuidado...! —gritó Darío Forrest, al tiempo que desviaba su pistola hacia los tripulantes del platillo rojo y accionaba el gatillo, alcanzando a uno de ellos en el pecho.

El profesor Grothum y los demás se apresuraron a imitarle, pero los extraterrestres tampoco perdieron el tiempo y empezaron a enviar rayos azulados con sus ojos.

Jan Pulsen resultó alcanzado por dos de ellos, en plena frente, y se derrumbó en el acto, dando un aullido terrible.

Darío Forrest estuvo a punto de sufrir la misma suerte, pero, por fortuna, se agachó a tiempo y los rayos azulados que buscaban su frente pasaron por encima de su cabeza y fueron a estrellarse contra la pared.

El tercer alienígena había elegido como primera víctima al profesor Grothum, pero antes de que pudiera lanzar los temibles rayos recibió un rayo láser en su horrible cara y otro en su pecho.

El extraterrestre se vino abajo, emitiendo un bramido horroroso.

Los otros dos se desplomaron también, entre alaridos de muerte, certeramente alcanzados por los disparos de los terrestres.

El único que quedaba con vida, era el que había suplantado a Ursula Berg. El mutante había saltado de la cama cuando empezó la lucha y se había protegido tras ella.

Desde allí y asomando sólo la mitad superior de su cabeza,

intentó acabar con Darío Forrest, pero Lila Stevens lo vio y le disparó, alcanzándolo entre ceja y ceja.

La falsa Ursula cayó hacia atrás, con la cabeza destrozada.

No le dio tiempo ni a gritar.

Al morir, recobró su aspecto natural y se demostró que Darío tenía razón. Que no era la verdadera Ursula, sino otro mutante que había copiado su físico.

* * *

La única baja sufrida por los terrestres en la lucha, había sido la de Jan Pulsen. El holandés yacía en el suelo, con los ojos espantosamente abiertos, agarrotado, muerto...

Era la tercera víctima hecha por los tripulantes del platillo rojo.

Ellos, por su parte, habían perdido a seis de los suyos ya, justo el doble que los terrestres, así que habían salido peor parados.

El profesor Grothum y los suyos seguían con las armas puestas, por si aparecían más extraterrestres. Ahora ya sabían que podían aparecer de repente, como por arte de magia, y no se fiaban ni un pelo.

La habitación se estaba llenando de un hedor nauseabundo por culpa de los cadáveres de los cinco extraterrestres muertos, ya que de todos ellos brotaba la pestilente sustancia amarillenta que se suponía era su sangre.

El mutante que suplantara a Ursula Berg seguía luciendo el atrevido camisón de la sueca y el frívolo pantaloncito, pero la verdad es que ambas prendas le favorecían muy poco.

Y es que, aunque la mona se vista de seda...

En vista de que no aparecían más extraterrestres, Darío Forrest se volvió hacia Klaus Grothum y dijo:

—Creo que la lucha ha terminado por el momento, profesor. Los tripulantes del platillo rojo nos han tomado miedo.

—Aparecieron súbitamente, como fantasmas... —murmuró el director-jefe de «Sandra-5», impresionado todavía.

—Sí, después de que se oyeran los suaves zumbidos. Deben poseer alguna máquina capaz de trasladarlos desde su nave a cualquier otro punto en sólo unos segundos —adivinó Darío—. Así se

explica que pudieran penetrar en la Base sin ser vistos por nadie.

—Y sus ojos…

—Ya dije que debían de ser sus armas. Lanzan unos rayos poderosos con ellos. No dejan señal, pero matan de manera fulminante. Observe a Jan… Tiene la misma horrible expresión en su cara que Daniela y Fernand.

—Es verdad.

—¿Y Ursula…? —intervino Lila.

—Debe de estar muerta, también —pensó Salvatore.

—Lo sabremos cuando la encontremos —dijo Darío.

—¿No estará su cadáver en el baño…? —habló Gunilla.

—Echemos un vistazo —sugirió Alexey.

Darío, Salvatore y Alexey fueron hacia el baño, sorteando los cuerpos sin vida de los extraterrestres. El profesor Giothum y el doctor Biskupski se quedaron donde estaban, junto con Lila, Gunilla, y el cadáver del infortunado Jan.

Fue Darío quien abrió la puerta del baño con precaución, por si había algún alienígena oculto allí, pero, afortunadamente, no era así.

Sólo estaba Ursula Berg.

Tendida en el suelo.

Desnuda.

Inconsciente…

Junto a ella, tirado, yacía el pantalón de pijama de Fernand Gys.

—¡Ursula está aquí! —exclamó Darío.

—¿Muerta…? —preguntó Grothum.

—¡No, parece que sólo está sin sentido!

—¡Gracias a Dios!

—¡Venga, doctor!

—¡En seguida! —respondió Stefan Biskupski, y trotó hacia el baño.

Entró en él y se ocupó de la sueca, comprobando que su corazón latía con normalidad.

—¡Está viva! —exclamó, jubiloso.

—Debió sufrir un desvanecimiento —pensó Salvatore.

—¡No, recibió un golpe en el cuello! ¡Tiene la señal! —repuso el médico, mostrando el lado izquierdo del cuello de la sueca.

—Es cierto —dijo Alexey.

—Debió golpearla el extraterrestre que la suplantó —adivinó

Darío.

Salvatore recogió el pantalón de pijama de Femad Gys.

—¿Y esto...?

Darío iba a responder, pero justo en aquel momento Ursula Berg abría los ojos y dejaba escapar un gemido de dolor.

—Mi cuello... —musitó, llevándose la mano al lado izquierdo del mismo.

—¿Qué paso, Ursula? —preguntó Darío.

—Fernand me golpeó.

—¿Fernand...? —repitió Salvatore.

—Sí, aunque no sé por qué. Me había estado besando y acariciando, y de pronto...

—Ya está claro —dijo Alexey—. Este pantalón de pijama pertenecía a Fernand, y lo llevaba puesto el mutante. Vino a matar a Ursula, pero no le dio tiempo y decidió adoptar su personalidad, para engañarnos. La dejó inconsciente de un golpe, la escondió aquí, y se puso su camisón, ocultando también el pantalón de pijama de Fernand. Y el truco casi le da resultado.

Ursula parpadeó.

—No entiendo nada... —dijo, quedamente.

Y era verdad.

CAPÍTULO XIII

Ursula Berg casi se desmaya cuando, al salir del baño, envuelta en la toalla que le había ofrecido el doctor Biskupski, vio los horrorosos cuerpos de los cinco extraterrestres muertos.

No pudo evitar un chillido de terror.

—Es parte de la tripulación del platillo rojo —explicó el profesor Grothum—. En la habitación de Jan, que pereció en la lucha, hay otro de estos seres, tan muerto como los que estás viendo.

—¡Uno de ellos lleva puesto mi camisón...! —exclamó la sueca, estupefacta.

—Es el que suplantó a Fernand, después de asesinarle, y que luego te suplantó a ti, tras dejarte inconsciente de un golpe en el cuello, Ursula —informó Darío Forrest—. Por eso lleva puesta tu ropa de dormir.

—¡Qué horror! —se estremeció la sueca—. ¡Fui besada y acariciada por uno de estos monstruosos seres! ¡Yo creí que era Fernand!

—Fernand ha muerto, ya lo has oído —dijo Salvatore Taloni—. Y Daniela, también. Con Jan, son tres los miembros de la Base que han perecido.

—Y tú estás viva de milagro, Ursula —añadió Alexey.

La sueca, que temblaba perceptiblemente, gimió:

—Creo que me voy a desmayar.

—Déjalo para más tarde, Ursula —pidió Klaus Grothum—. Ahora, coge tu pistola y ven con nosotros. Tenemos que reunir a todo el personal de la Base. Reunirlos... y aseguramos de que ninguno de ellos es un mutante con su cara y con su cuerpo.

La sueca se miró.

—Voy en toalla, profesor...

—No importa. Vamos, en marcha.

Ursula tomó su arma y fue con el profesor Grothum y los demás.

Quedaban por inspeccionar las habitaciones de Chieko Hesegawa, el japonés, y otros dos miembros de la Base, mujeres ambas.

Entraron primero en la de Chieko.

El japonés estaba dormido, pero se despertó con el ruido e irguió su amplio torso desnudo, porque sólo llevaba puesto el slip.

—¿Qué es lo que ocurre...? —preguntó, sorprendido.

Klaus Grothum sonrió.

—Puedes hablar, ¿eh, Chieko?

—¿Por qué no iba a poder?

—Eres de los nuestros, no hay duda.

—No comprendo nada, profesor.

—Te informaremos sobre la marcha. Anda, salta de la cama, empuña tu pistola, y síguenos.

—¿En slip...?

—Ursula va en toalla, como puedes ver, y no protesta. Vamos, arriba.

—Sí, profesor —respondió el japonés, retirando la sábana.

Saltó de la cama, empuñó su arma, y se unió al director jefe de «Sandra-5» y los demás miembros de la Base.

* * *

En las otras dos habitaciones, las de las dos mujeres, tampoco había pasado nada. Ambas dormían tranquilamente, la una en pijama y la otra en camisón, pero se despertaron al oír entrar al profesor Grothum y los demás.

Como las dos podían hablar, no hubo la menor duda de que eran las auténticas y no un par de mutantes con su físico exacto. El profesor Grothum les ordenó que tomaran sus armas y se unieran al grupo, tal como iban.

Y ellas, claro, obedecieron, pese a que el pijama de la una era tan transparente como el camisón de la otra y se les vislumbraba todo.

El grupo, formado ya por once personas, abandonó la planta de los dormitorios y descendió a las dependencias de la Base, en donde habían quedado vigilando otros cuatro miembros del equipo de científicos de «Sandra-5».

Eran dos hombres y dos mujeres, y Klaus Grothum temía por ellos, pues pensaba que podían haber sido atacados y suplantados por los extraterrestres.

Darío Forrest y los demás pensaban lo mismo, así que se aproximaron todos con las armas preparadas.

La primera pareja, resultó ser terrestre.

Podían hablar perfectamente.

No eran tripulantes del maldito platillo rojo.

Algo más tranquilos, fueron todos en busca de la otra pareja que montaba vigilancia.

Los encontraron a los dos tirados en el suelo, rígidos, con una expresión horrible en sus caras, muy parecida a la que ofrecían los rostros de Daniela, Fernand y Jan.

Estaban muertos.

Y no cabía la menor duda de que habían sido asesinados por los extraterrestres, con los malditos rayos azulados que lanzaban con sus diabólicos ojos.

El profesor Grothum y los doce miembros de la Base que quedaban con vida rodearon al par de cadáveres, formando un amplio círculo.

—Esos malditos nos han causado dos bajas más —masculló el director-jefe de «Sandra-5».

—Y esta vez no fue para suplantarlos —dijo Darío—. Conservan sus ropas.

—Es cierto, no los dejaron desnudos, como a Daniela y Fernand —añadió Alexey.

—Parece una venganza por las bajas que nosotros les causamos a ellos —opinó Salvatore.

—Debieron atacarles por sorpresa —rezongó el doctor Biskupski, con los ojos brillantes de odio hacia los tripulantes del platillo volante—. Siempre atacan así, los muy cobardes.

—Porque son pocos —dedujo Darío—. Y ya hemos liquidado a seis, así que apenas deben de quedar en el platillo rojo.

Grothum lo miró.

—¿Tú crees, Darío?

—Estoy seguro, profesor. Su nave no es demasiado grande. No puede viajar mucha gente en ella. Si su tripulación fuera numerosa, no hubieran venido solamente cuatro de ellos en ayuda del ser que suplantaba a Ursula. Nosotros, en ese momento, éramos ocho. Y estábamos todos armados. Teníamos ventaja en la lucha. Y la hicimos valer.

—Darío tiene razón, profesor —dijo Alexey—, Debieron de llegar muy pocos extraterrestres en el platillo rojo, porque, si fueran muchos, habrían invadido ya «Sandra-5». Con lo fácil que les resulta

penetrar en nuestra Base…

—Es verdad —asintió Salvatore—. Si no lo han hecho, es porque son inferiores en número a nosotros y nos tienen miedo. Por eso recurren al ataque por sorpresa y a la suplantación. Sólo eliminándonos poco a poco tienen posibilidades de apoderarse de «Sandra-5».

—¡Ratas asquerosas! —barbotó Chieko.

—El ataque por sorpresa y la suplantación han quedado descartados, porque ahora formamos grupo y somos nada menos que trece —observó Grothum—. Y vamos a permanecer unidos. No podrán sorprender ni suplantar a nadie más. Si quieren la lucha, tendrán que dar la cara.

Darío Forrest se tironeó el lóbulo de la oreja izquierda.

—Se me acaba de ocurrir algo, profesor.

—Habla, Darío.

—Tengo entendido que en «Sandra-5» disponemos de un cañón de rayos láser. ¿Es cierto…?

—Sí, lo utilizamos muy de tarde en tarde para destruir grandes bloques de hielo.

—¿Y por qué no lo utilizamos para destruir el platillo rojo…?

Klaus Grothum y el doctor Biskupski respingaron a dúo.

Y no fueron los únicos.

—¿Destruir el…? —repitió Grothum.

—Creo que podemos conseguirlo, profesor —dijo Darío—. Sólo hay que llevar el cañón hasta allí y efectuar unos cuantos disparos. Y no habrá necesidad de aproximarse demasiado a la nave extraterrestre, porque los cañones de rayos láser tienen un gran alcance, como usted ya sabe.

—¡Hagámoslo, profesor! —pidió Alexey.

—¡Darío ha tenido una gran idea! —exclamó Chieko.

—¡Acabemos de una vez con esos malditos, haciendo saltar su nave en pedazos! —habló Salvatore.

Klaus Grothum sonrió ligeramente y dijo:

—De acuerdo, muchachos. Lo intentaremos.

* * *

Los tres vehículos-orugas avanzaban con rapidez por el hielo, formando columna, como la vez anterior. El cañón de rayos láser había sido instalado en el primero, pilotado por el profesor Grothum.

Darío Forrest se hallaba preparado para utilizar el cañón, pues no tardarían en divisar el platillo volante incrustado en el hielo. Para que el blanco resultase más fácil, el profesor Grothum hizo que el vehículo remontase una colina de nieve endurecida.

Desde allí arriba, se veía perfectamente la nave extraterrestre.

Y la distancia era ideal para hacer funcionar el cañón de rayos láser.

Los otros dos vehículos-oruga remontaron también la colina de hielo y flanquearon el que transportaba el cañón.

Darío Forrest se disponía ya a efectuar el primer disparo, cuando, repentinamente, los motores del platillo volante se activaron y la nave empezó a elevarse, aunque lentamente y con evidente dificultad, porque la avería aún no había sido totalmente reparada.

Sus tripulantes, los pocos que quedaban, sabían que corrían peligro y trataban de ponerse a salvo, alejando su nave de aquel lugar.

—¡Huyen! —exclamó el doctor Biskupski.

—¡Dispara, Darío! —ordenó el profesor Grothum.

Forrest accionó el cañón de rayos láser y su disparo alcanzó de lleno al platillo rojo, que se tambaleó en el aire, seriamente dañado.

Otros dos rayos láser alcanzaron la nave alienígena.

No hicieron falta más.

El platillo volante estalló en mil pedazos, pereciendo sus escasos tripulantes, entre el lógico entusiasmo del profesor Grothum y los suyos, que celebraron jubilosos la destrucción total del maldito platillo rojo y de los horribles seres que habían llegado a la Tierra en él.

EPÍLOGO

El sistema de comunicaciones de «Sandra-5» volvía a funcionar con normalidad, por lo que el profesor Grothum pudo informar al Ministerio de Defensa de todo lo sucedido.

En sólo unas horas, llegarían al Ártico varias naves para inspeccionar la zona, recoger los restos del platillo volante, y hacerse cargo de los seis cadáveres extraterrestres que permanecían en la Base Polar, para su posterior estudio.

Como ya no existía ningún peligro, el director-jefe de «Sandra 5» ordenó a la mayoría de los miembros de la Base que se retirasen a descansar.

Darío Forrest acompañó a Lila Stevens a su habitación, pero no se quedó en la puerta, sino que se introdujo en ella y enlazó a Lila por la cintura, atrayéndola hacia sí.

Intentó besarla en los labios, pero ella le puso las manos en el pecho y le frenó.

—Un momento Darío.

—¿Qué pasa?

—¿Tienes intención de pasar la noche conmigo?

—Desde luego.

—No sé si permitírtelo.

—No te conviene rechazarme, Lila.

—¿Por qué?

—Gunilla me está esperando.

—¿De veras?

—Sí, me confesó que deseaba hacer el amor conmigo. Hablamos de ello mientras tú estabas con Salvatore.

—¿Y qué le respondiste tú…?

—No me atreví a decirle qué sólo deseo hacer el amor contigo, para no herir su sensibilidad. Pero es la verdad, Lila. Si me dejas pasar la noche contigo, mañana le diré a Gunilla que te amo y que para mí no existe más mujer que tú.

—¿Seguro que se lo dirás…?

—Te doy mi palabra.

Lila le pasó los brazos por el cuello.

—Puedes quedarte, Darío, porque yo también te amo.

—¿Estás segura?

—Si no lo estuviera, te diría que te fueras con la zorra de Gunilla.

—Lila, cariño…

Se besaron.

Largamente.

Con mucha pasión.

Y es que ninguno de los dos pensaba ya en el platillo rojo y en sus horribles tripulantes.

La pesadilla había quedado atrás.

Darío y Lila podían entregarse de lleno al amor.

Y así lo hicieron.

FIN

8 410018 007410



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.